

Selección TERROR

ASESINATOS EN EL SOHO

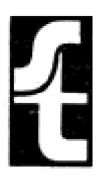
Donald Curtis

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

ASESINATOS EN EL SOHO

DONALD CURTIS

Colección
SELECCION TERROR n.° 451
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-02506-4
Impreso en España — Printed in Spain
1ª edición: 1981

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N-I52. Km 21.650)
Barcelona — 1981


SELECCION
TERROR

CAPÍTULO PRIMERO

Jennifer Balsam dirigió una mirada melancólica a la ventana.

Había comenzado a llover con fuerza poco antes. Los cristales chorreaban agua y las calles, en el atardecer, tenían un intenso color gris plomizo que se iba oscureciendo a medida que se aproximaba la noche. Unas cuantas farolas de gas comenzaban a brillar tenuemente tras la cortina de lluvia, sin lograr disipar las sombras de la tarde.

También los escaparates de la tienda situada frente a su taller de modista se habían iluminado con lámparas de gas, formando manchas amarillas de claridad en la acera brillante por el agua torrencial. Escasos carruajes y prácticamente ningún peatón se atrevían a pasar por la calle. Las ruedas de los vehículos trepidaban de vez en cuando sobre el empedrado de la calzada.

Jennifer Balsam suspiró, dejando a un lado las piezas que estaba cosiendo. Miró a sus seis operarías, mientras subía de intensidad la llama de su propio quinqué.

—Creo que es mejor que os vayáis ya a casa —dijo a sus empleadas —. Sospecho que la noche va a meterse en agua durante muchas horas y es preferible que salgáis de aquí cuando todavía no ha oscurecido del todo. La seguridad de estas calles no es precisamente la adecuada para confiarse en una noche así, muchachas.

Presurosas, todas aceptaron la generosa oferta de su patrona y se pusieron en pie abandonando las piezas a medio coser sobre sus mesas de trabajo. Despojándose de los hilos de diversos colores que salpicaban sus largas faldas a pliegues y sus ceñidos corpiños, rieron, haciendo entre ellas comentarios alegres y risueños, como correspondía a muchachas de veinte años o menos, como eran todas ellas.

—Es muy amable, señorita Balsam —dijo la más rubia de todas ellas, la primera oficiala del taller, Agnes Lange, que acababa de cumplir los diecinueve años la semana anterior—. Eso me permitirá estar pronto en casa.

—No mientas, querida —sonrió con picardía su patrona, guiñándole un ojo—. Sé que no vas precisamente a casa los sábados cuando terminas tu trabajo.

—¿Yo? —la joven rubia enrojeció vivamente, como niña cogida en una travesura—. Le aseguro, señorita Balsam, que…

—No me asegures nada —rió Jennifer Balsam de buena gana—. Yo

también he tenido tu edad, criatura y sé lo que es eso. ¿Quién es él?

—Un… un chico muy guapo con gran porvenir —confesó la muchacha, enrojeciendo todavía más—. Ahora trabaja de interno en «El Bart»[1], pero pronto llegará a ser un médico especializado, y pondrá su propia consulta en Harley Street.

—Oh, te felicito, querida —suspiró la dueña del taller de modistería de Frith Street, a sólo una manzana de Soho Square—. Eso es un buen partido, la verdad. Hoy en día, un médico joven y con ambiciones, puede llegar muy lejos en Londres. Y más si es bien parecido… Las mujeres enfermas acostumbran a fijarse mucho en esa clase de detalles, te lo digo por experiencia propia.

Todas las modistillas rieron de buena gana, mientras la rubia Agnes inclinaba pudorosamente su cabeza, al dirigirse al perchero para recoger su capa con caperuza y sus chanclos situados debajo. Habitualmente, durante aquella época otoñal, casi todas las muchachas llevaban prendas así, en previsión de las frecuentes lluvias y húmedas neblinas de Londres.

—Hasta el lunes, señorita Balsam —dijeron todas, corriendo presurosas, entre risas y comentarios joviales, camino de la salida.

—Adiós, muchachas —se despidió afectuosamente Jennifer Balsam, con una amplia risa en su rostro de mujer madura y comprensiva.

Cuando se cerró la puerta tras de sus jóvenes empleadas, se dedicó a recoger las piezas de telas dispersas, los patrones y costureros, dejando el taller en un orden relativo, antes de apagar las luces de gas, tomar un quinqué encendido, y dirigirse con él al otro ala de la casa, donde tenía su propia vivienda. Cerró tras de sí con llave el taller, disponiéndose no pisarlo hasta la mañana del lunes, en que regresarían sus operarías.

Fuera, en las calles de Londres, la lluvia arreciaba todavía más. Muchas de las modistillas a sueldo de la señorita Balsam, iban en busca del «metro» para desplazarse a sus domicilios, distantes de aquella zona de la ciudad. Desde 1891, ya funcionaban aquellos mugrientos trenes de vapor, envueltos en humo sulfuroso, que recorrían los túneles subterráneos de Londres resolviendo el siempre difícil tráfico de superficie, no siempre al alcance de la exigua economía de los trabajadores y empleados de la Inglaterra victoriana.

Solamente Agnes Lange, que tenía precisamente su domicilio en el barrio de Soho, se encaminó por su propio pie, bajo los salientes de las fachadas, andando sobre el pavimento mojado, protegida del aguacero por su capa y capucha. Los pies, calzados con los chanclos de goma, chapoteaban de vez en cuando en los charcos de lluvia de la charolada acera.

A través de la cortina de agua, las farolas de gas eran como macilentas resplandores de color amarillo que difuminaba la bruma habitual de la ciudad.

A esas horas, sus padres estaban fuera de casa y tardarían aún bastante en volver, ya que su madre trabajaba en una charcutería de Shaftesbury hasta bien avanzada la noche del sábado, y su padre era precisamente funcionario del apestoso e insalubre «metro» a vapor londinense. Estaría sola en casa, pudiendo arreglarse con mejores ropas para reunirse con su novio en un *pub* de Charing Cross Road, a las seis en punto.

Sus padres nada sabían aún de ese noviazgo, pero ella confiaba en poder hablarles pronto de él, dadas las buenas intenciones de su joven pretendiente recién graduado en Medicina y practicante en la actualidad en El Bart.

Entró en la casa, encendiendo la luz del recibidor para subir a la planta alta con presuroso paso, tras dejar sus chanclos al pie del perchero. Disponía de solamente veinte minutos para estar lista y dirigirse a Charing Cross. Quena estar más bonita y elegante que nunca, más atractiva a los ojos de él, que había ingresado precisamente el miércoles anterior en San Bartolomé, y ésta sería su merienda de celebración de tan fausto acontecimiento. Sabía que hasta las ocho, ni su padre ni su madre volverían a casa. Dos horas junto a él, era todo lo que ahora deseaba en este mundo. Y estaba a punto de conseguirlo. Tenía que darse prisa.

Dejó por el camino su capa empapada de agua, entró en su dormitorio y, por un simple gesto reflejo a instintivo de pudor, cerró tras de sí la puerta, asegurándola con el pestillo. Las ventanas estaban cerradas y la lluvia golpeaba las vidrieras con fuerza. Aseguró las contraventanas de madera y corrió las cortinas, mientras desabrochaba su corpiño y soltaba su falda. El vestido se deslizó a lo largo de sus jóvenes y bellas piernas, dejándola ante el espejo con sus medias, su liguero y corpiño por toda ropa, emergiendo en su plenitud los firmes y duros pechos jóvenes, casi desnudos.

Se admiró un momento ante el espejo, recreándose en la contemplación de sus bellas curvas, deslizando sus manos a lo largo de sus caderas y muslos, con un leve estremecimiento de placer íntimo. Soñaba con el momento en que su joven enamorado pudiera ser quien realizara aquellas caricias capaces de enloquecerla.

Suspiró, volviendo a la realidad. Estaba sola, y aún faltaba mucho para ser alguna vez la esposa del joven médico y permitir que sus fuertes dedos acariciaran aquella carne suave y sonrosada, que las rígidas modas victorianas se ocupaban celosamente de ocultar.

Agnes Lange, la joven y rubia modistilla de hermosa figura se inclinó ante el armario abierto, en busca de las prendas adecuadas

para deslumbrar a su enamorado.

A sus espaldas, momentos antes, el dormitorio femenino, pequeño y acogedor, era un lugar tranquilo, donde solamente ella podía estar en estos momentos, ya que la casa se hallaba desierta cuando ella llegó.

Sin embargo…

Sin embargo, de repente, una sombra pareció moverse a espaldas de ella. Agnes se dio cuenta borrosamente de que algo sucedía en su alcoba. Algo inusitado e inexplicable. Supo, con repentino sobresalto, que *no estaba sola.*

Se volvió, notando un escalofrío. Fue todo lo que pudo hacer.

De repente, algo centelleante, afiladísimo, había caído sobre su cuello terso, largo y casi infantil. Un grito terrible, desgarrador, brotó de los carnosos labios juveniles, cuajado de horror y de angustia.

Coincidió con el chirrido áspero, espeluznante, de un acero afilado sobre su epidermis, sus carótidas y sus cuerdas vocales. Todo ello fue segado de golpe por aquella espantosa hoja de metal fulgurante. De oreja a oreja, el hermoso cuello juvenil se desgarró en un tremendo surco rojo, chorreante de sangre. Esta salpicó todo, ropas y paredes, muebles y suelo. Las carótidas proyectaron dos manantiales rojos, vomitó sangre abundante. Los ojos azules se desorbitaron en un agónico espanto indescriptible. Miró a su asesino con una mezcla de helado estupor y de terrible incredulidad, antes de que el arma bajase de nuevo, goteando sangre, para clavarse despiadada en sus pechos pequeños y duros, que casi seccionó a tajos, haciendo saltar la sangre casi hasta el techo.

Agnes cayó dando volteretas por el suelo, con sus ojos desorbitados, la faz convulsa, el cuerpo empapado en rojo brillante y oscuro. La sombra siniestra de su misterioso agresor la siguió, implacable, brutal, demoledor.

El arma blanca siguió causando destrozos espantosos en la bella figura de mujercita en sazón. Muslos, nalgas, vientre, hombros… Todo recibió las espantosas cuchilladas que con rabiosa furia demencial caían sobre ella sin cesar. Las propias mejillas de la infortunada joven fueron rasgadas, bestialmente hendidas por dos tajos en diagonal que tiñeron de rojo sanguinolento su belleza ya convulsionada por la muerte.

La habitación toda, aquella estancia donde poco antes una jovencita soñaba con el amor y con el futuro, era ahora un terrorífico baño de sangre, una roja sinfonía de regueros, charcos y goterones dispersos por doquier, en torno a un cadáver sobre el que la furia homicida de un ser de pesadilla habíase ensañado hasta lo inhumano…

* * *

El doctor Nathaniel Hastings se puso en pie, dando por terminada su conferencia. Los jóvenes médicos practicantes iniciaron la salida, comentando algunos puntos de la charla que acababan de escuchar.

El médico conferenciante se encaminó sin prisas hacia un perchero, de donde recogió su gabán oscuro y su sombrero hongo, esperando a que todos sus oyentes fueran abandonando la sala para caminar tras de ellos. Uno de los asistentes, ya de edad madura, no era uno de los nuevos internos destinados a practicar su reciente doctorado en El Bart sino el doctor Bruce Ashford, especializado en Medicina Legal, por tanto, ocupando un puesto de forense en la ciudad de Londres.

—Le felicito, amigo mío —dijo a su colega, estrechándole calurosamente la mano—. Su conferencia ha sido impecable y muy clarificadora para nuestros jóvenes módicos.

—Me alegra que piense así, doctor Ashford —sonrió el doctor Hastings apaciblemente, moviendo su canosa cabeza con aire tranquilo—. Mi mayor deseo es que nuestros más jóvenes colegas no sean nunca unos vulgares matasanos ni que prostituyan su sagrada tarea por culpa de ambiciones monetarias o sociales. Un médico ha de ser algo más que lodo eso, usted lo sabe.

—Claro, amigo mío —suspiró el doctor Ashford—. Tal vez por eso, prefiero practicar mi profesión en los muertos que en los vivos. Sé que, al menos, a los cadáveres no se les puede presentar una minuta demasiado elevada y eso evita tentaciones.

Ambos médicos rieron, camino de la salida, por los largos y amplios corredores del viejo edificio, con su inevitable olor a ácido fénico y alcohol. Los jóvenes doctores que acababan de asistir a la conferencia de su ilustre y veterano colega, todavía formaban grupos en los pasillos o en la suntuosa escalera, intercambiando opiniones sobre lo escuchado.

Solamente uno de ellos, con rostro ensombrecido, permanecía solo, aislado, como distante de todos, las manos sepultadas en los bolsillos de su bata blanca, en un ángulo del corredor principal. Al doctor Hastings se le antojó que aquel joven alto, delgado, rubio y bastante pálido, parecía tan distante de allí como si sus pies no estuviesen siquiera dentro del hospital.

—Un momento… —comentó el doctor Hastings, deteniéndose—. Ese joven estaba en la segunda fila de mis oyentes. He notado durante varios momentos de mi charla que ni siquiera me escuchaba, ni parecía darse cuenta de dónde se hallaba exactamente… ¿Sabe usted quién es él, doctor Ashford?

El forense contempló de soslayo al aludido. Asintió con un

movimiento de su calva cabeza, tomando a su colega por el brazo mientras caminaban.

—Por supuesto que lo sé —respondió—. Es un brillante joven cuya carrera acaba de empezar. Está practicando medicina aquí, pero sus proyectos son los de llegar a ser un buen cirujano, y amplía en estos momentos su carrera en esa especialidad de cirugía general. Se llama Steve Craig y acaba de sufrir un rudo *shock* en la vida, del que sin duda se repondrá en su momento, porque es muy joven y esas cosas terminan por olvidarse un día.

—¿A qué se refiere? —indagó Hastings, picado en su curiosidad, parándose de nuevo junto a la amplia escalera que descendía al patio interior del hospital.

—A su joven y bella prometida, una muchacha que traba jaba de modistilla en el distrito del Soho londinense. Yo examiné su cuerpo precisamente anteayer. La enterraron ayer, doctor Hastings.

—Oh, es lamentable. Pobre joven… —Hastings miró intrigado a su colega—. ¿Y dice que usted la examinó en el depósito, doctor?

—Sí. Tuve que practicarle la autopsia.

—Entiendo. ¿Accidente… suicidio acaso?

—Asesinato.

—Dios del ciclo, pobre criatura. Y pobre joven doctor Craig… —musitó entre dientes el doctor Hastings, dirigiendo una nueva y más interesada mirada al médico solitario—. ¿Cómo sucedió?

—Algo espantoso. En realidad, la autopsia no era sino un simple trámite legal. Las causas de su muerte eran tan claras, que resultaba inútil buscar más.

—Entiendo. Posiblemente un crimen brutal, ¿no?

—El más salvaje que jamás me ha sido dado ver —resopló Ashford —. Y diez años en la Morgue, doctor Hastings, dan oportunidad de ver muchas cosas horripilantes.

—¿Tan terrible fue?

—Atroz. No parecía hecho siquiera por un ser humano, capaz de sentir y de actuar como cualquiera de nosotros. Los cortes eran profundos y crueles, tenían destrozados sus pechos, piernas, abdomen y rostro. Todo eso, cuando ya había muerto degollada, con las carótidas y las cuerdas vocales seccionadas.

—Cielos… —se estremeció el doctor Hastings cerrando los ojos un momento. Respiró hondo al añadir—: ¿Ha sido capturado su asesino?

—Que sepa, no. El superintendente Howard lleva el asunto y no parece haber tenido por el momento mucho éxito.

—¿Fue violada acaso?

—No, en absoluto. El criminal sólo empleó su sadismo demencial en el asesinato propiamente dicho. La joven no sufrió ultraje sexual

alguno.

—¿Dónde sucedió exactamente? ¿En alguna calle poco frecuentada?

No, no. Ese es el punto más extraño del caso, según me confesó en la Morgue el superintendente Howard. La mataron en su propia casa, en su alcoba. Estaban ausentes sus padres, porque era sábado y trabajaban hasta tarde en sus respectivas tareas. Como esa tarde llovía mucho, la patrona del taller de costra de la joven se compadeció de sus operarias y las envió a casa. Esa muchacha, de nombre Agnes Lange, fue a la suya, con el propósito, según parece, de reunirse a las seis de la tarde en un *pub* cercano con su prometido, el joven doctor Craig. Nunca salió de casa. En su alcoba fue atacada salvajemente. Cuando hallaron su cuerpo, sus padres tuvieron previamente que derribar la puerta de entrada, porque se hallaba cerrada por dentro, igual que las ventanas.

—Pero habría alguna otra abertura por la cual entró y salió el asesino, ¿no? —preguntó con aire curioso el doctor Hastings, mirando fijo a su colega.

—En absoluto, doctor. Ni el más mínimo conducto por donde entrar o salir de allí — confesó el forense encogiéndose de hombros—. Ni chimenea, ni huecos, ni otras puertas o ventanas accesibles desde fuera o desde dentro. No se había tocado nada. Todo estaba herméticamente cerrado cuando el padre de la joven hundió la puerta a golpes. Pero su hija había sido asesinada salvajemente allí dentro, doctor Hastings. Asombroso, ¿no?

—¿Asombroso? —Hastings silbó entre dientes—. *Imposible*, diría yo, si no fuese porque así ocurrió, doctor Ashford…

Y su mirada, desde abajo de las escaleras, se dirigió, llena de interés y perplejidad, a la figura del rubio joven de bata blanca que paseaba, distante y sombrío, por el corredor de la planta alta del hospital.

Capítulo II

Deborah Jones tenía el oficio más viejo del mundo.

Realmente, tener ese particular oficio en un barrio como Soho era lo más normal que podía esperarse de una mujer todavía joven, atractiva y dotada de curvas lo bastante llamativas como para atraer fácil clientela.

Soho era una mescolanza indescriptible de vicio, hampa, escenarios y bohemia en los tiempos Victorianos, y abundan en sus callejas durante la noche tanto los proxenetas y maleantes como las rameras y sus numerosos clientes. La niebla londinense, unida a la escasa iluminación de muchas de sus calles y a la mala fama de todas ellas, formaban el ambiente preciso para que quien se aventurase en el Soho después de las diez de la noche, lo hiciera con un objetivo determinado, relacionado casi siempre con delincuencia o sexo. El acendrado puritanismo de la época de Su Graciosa Majestad la Reina Victoria, de tan largo como glorioso reinado para el buen británico, hacia el resto. Y las muchachas como Deborah Jones, con sus grandes senos rebosando el descote audaz y la roja sonrisa de sus labios carnosos, desafiando al transeúnte, tenían siempre fácil presa en los aparentemente honorables varones capaces de poder pagar con una moneda de oro los servicios inestimables de las prostitutas de cierto lujo.

Deborah no gustaba de llevarse a la cama a los obreros del matadero o a los tipos ebrios que terminaban vomitando a la puerta de un *pub* o peleándose con otro por una estupidez. Ella presumía de elegir su clientela entre la gente respetable. Y no le faltaba razón. Después de todo, disputarle el cliente a una pléyade de rameras entradas excesivamente en años y en carnes y pintarrajeadas en exceso en la mayoría de los casos, no era nada complicado para una mujer que no habla cumplido aún los veintiocho años y que, contra la costumbre, no bebía en exceso para no ajarse, no era lo bastante depravada como para perder su lozanía y atractivo.

Esa noche, fría y brumosa. Deborah Jones había pensado retirarse pronto a dormir, puesto que había tenido bastante fortuna, y más de cuatro monedas de oro tintineaban en su faltriquera, tras haber pasado por su lecho otros tantos caballeros.

Pero para infortunio suyo tal vez, un quinto o sexto caballero — ella a veces perdía la cuenta de los que había tratado en una noche, porque no era muy amiga de las matemáticas cuando éstas no se

referían estrictamente a libras o guineas —se aproximó a ella cuando abandonaba El Escudo y la Lanza, su *pub* favorito, tras tomarse sobriamente una sola cerveza.

—Hola, preciosa —la saludaron desde un cerrado carruaje que se detenía parsimoniosamente al borde de la acera—. ¿Tienes un par de horas para un hombre solitario y generoso? Me chiflan las pelirrojas de grandes senos.

Deborah frunció el ceño. Ella no sólo era pelirroja, sino que el tinte convertía casi en una llamada su pelo habitualmente caoba. En cuanto a la abundancia de su seno, ésta era evidente a la luz de la farola de gas y de las vidrieras coloreadas del *pub*.

Sonrió mimosa, guiñó el ojo al invisible caballero del carruaje y manifestó con tono ambiguo:

—Esta noche estoy cansada, querido. Vuelve en otro momento. Voy a la cama, pero a dormir, ¿comprendes?

Otra noche tal vez no me sea posible venir a buscarte —se lamentó la voz del hombre situado en la zona oscura del interior del carruaje —. Tiene que ser hoy.

—Olvídalo, encanto —se burló ella—. Ni por diez guineas me iría con nadie ahora.

—Yo no iba a darte diez guineas… sino veinte —dijo la voz untuosamente.

Y una mano enguantada por la portezuela, moviendo una pieza de oro grande y reluciente, por valor de las prometidas veinte guineas.

Los ojos de Deborah Jones se abrieron hasta casi emular en tamaño a la pieza de oro de tan generoso cliente. Sus ideas sufrieron así un brusco cambio.

—¿De veras me pagarás eso por un par de horas a solas? —receló.

—No tengo que prometerte nada —el brazo se alargó, depositando la pieza dorada en su mano enguantada de malla. Los dedos enguantados de negro del desconocido apretaron las suyos al hacerla oprimir la moneda—. Es tuya. ¿Subes, preciosa?

Eso era convincente. Deborah estaba escarmentada sobre la falsa generosidad de algunos caballeros. Pero tener por anticipado el dinero en su bolsillo, resultaba por completo nuevo para ella.

—Está bien —suspiró, abriendo la portezuela—. Vamos allá.

Dio una dirección al cochero, la del hotel donde habitualmente llevaba sus clientes más selectos. Un *gentleman* capaz de pagarle veinte guineas a una vulgar ramera por un par de horas de placer, se merecería un lugar digno de él.

Y ninguno en el Soho más apropiado que el Hotel Royal, inaugurado no hacía mucho tiempo en la zona menos conflictiva y sórdida del Soho.

Cuando llegaron al discreto y confortable hotel, el conserje se limitó a tender una llave de Deborah, dirigiendo una ojeada curiosa al caballero de edad madura, macferlán oscuro y sombrero alto de peluche negro, enguantado y elegante, que le tendía como generosa propina dos guineas al pasar con la ramera camino de la habitación.

—Gracias, muchas gracias, señor —se apresuró a decir servilmente. Y se dijo para sí que daba gusto acoger a furcias como aquella pelirroja, siempre acompañada de auténticos caballeros.

La puerta de la habitación número 7, la habitual para cierta clase de clientes del Royal, se cerró tras de ellos. El conserje oyó correr el cerrojo y asegurar las ventanas. Bostezó, tomando el ejemplar del amarillo magazine semanal «The Illustrated Police News» con los dibujos en la portada de la espantosa muerte de una joven modistilla en un recinto cerrado, su propio dormitorio de su vivienda de Soho, olvidándose por completo de sus nuevos clientes de aquella noche.

Poco más tarde, tendría ocasión de volver a pensar en ellos y en el periódico sensacionalista dedicado a los más horrendos sucesos de la actualidad londinense, cuando el mismo horror sangriento se desatase sobre el Hotel Royal en plena madrugada.

* * *

El alarido desgarrador rasgó el silencio de la madrugada como lo haría un afilado cuchillo con un objeto blando.

El conserje del Royal pegó un salto tremendo en su asiento de recepción, y de sus rodillas cayó el «Illustrated Pólice News», al tiempo que otro grito, más corto y ronco, parecía morir en un simple estertor.

—Dios mío… —jadeó el viejo empleado, palideciendo mortalmente —. ¿Qué es eso, qué sucede?

En principio, aturdido por la somnolencia que poco antes se apoderara de él, y a la que no era ajena en absoluto la botella de ginebra que casi vacía guardaba tras el mostrador de la conserjería, no supo ni dónde mirar, ni de qué punto exacto llegaban los gritos.

Después, una serie de ruidos atroces, secos y violentos, le llegaron al oído y creyó identificar su origen: la puerta cerrada de la alcoba número 7…

—Pero esa gente, ¿qué mil demonios está haciendo? —se enfureció, corriendo con celeridad hacia el pasillo situado al fondo de la planta baja, de donde procedían aquellos sordos, ásperos golpes.

Una vez ante la puerta cerrada, probó el tirador, pero la madera resistió. El conserje se dijo que no sólo estaba cerrada con llave, sino asegurada con el pestillo. Golpeó entonces con sus nudillos,

violentamente.

—¡Eh, señores, por favor! —pidió con voz ronca—. ¿Quieren mantener silencio? Ese es un hotel respetable, no queremos escándalos…

El golpeteo cedió. Un silencio profundo reinó en el interior de la estancia, al otro lado de la puerta. El conserje pegó su oreja a la madera, y creyó percibir un jadeo y un lento arrastrar de pies. No captó nada más. Insistió, con voz firme:

—Señorita… Caballero… ¿Todo va bien ahí dentro? Por favor, respondan… Oí antes unos gritos de mujer…

Nadie contestó. Ni siquiera el jadeo aquél era audible ya. El conserje arrugó el ceño. No le gustaba todo aquello. Pensó si el cliente de la pelirroja no sería uno de esos sádicos que gozan golpeando a su pareja, cosa que podía traerle problemas con la policía si la mujer sufría algún daño.

—Abra, se lo ruego —pidió con firmeza, llamando de nuevo—. Será sólo un momo. No deseo molestarles, pero quiero comprobar que nada anormal sucede. Luego, les dejaré tranquilos, señores. Pero ahora, por favor, les ruego que abran.

Esperó en vano. Nadie abría aquella puerta. Malhumorado, golpeó de nuevo.

—¡Por favor, no insistiré en ello! —se mostró enérgico ahora—. Si no abren en un minuto, avisaré a la policía. Lo siento, pero no me dejan otra alternativa…

Igual silencio. El conserje empezaba a estar no sólo irritado, sino inquieto. Antes de llamar a la policía, era preciso intentarlo todo, si en el plazo de sesenta segundos no obedecían aquella pareja.

Pasó el minuto concedido sin que saliera respuesta alguna del otro lado de la puerta. El conserje se dispuso a advertir les severamente de su error. Cuando iba a llamar de nuevo con sus nudillos sobre la madera, se quedó petrificado, la vista clavada en el suelo.

Un reguero oscuro, brillante, estaba empezando a correr junto a sus pies, brotando por la rendija de la puerta de la alcoba número siete.

Se inclinó, dominando una súbita aprensión. Tocó con sus dedos aquella sustancia espesa. A la luz del mechero de gas del corredor, comprobó que tenía las yemas de sus dedos teñidas de rojo.

¡Sangre! —jadeó, palideciendo—. Dios mío, ¿qué sucede ahí dentro?

Y sin vacilar, se encaminó a la conserjería y tomó un hacha de tamaño no muy grande. Llegó ante la puerta cerrada y golpeó repetidas veces en la madera, en torno a la cerradura y el pestillo.

Cuando la madera se hizo astillas, empujó la puerta con

brusquedad, manteniendo el hacha en vilo, en acción defensiva.

Sus ojos atónitos descubrieron el horror que encerraba aquel cuarto siniestro.

Sangre por doquier, empapaba paredes, muebles y ropas. Sobre el lecho, la pelirroja Deborah Jones era un miserable pingajo humano, un pelele casi decapitado de un tajo en el cuello, el cuerpo impúdicamente desnudo, los senos colgando de su tronco, sujetos solamente por hilillos de piel, seccionados salvamente. Piernas, brazos y rostro, mostraban la ferocidad de un ataque bestial, hendiendo sus carnes hasta convertirlas en piltrafas sanguinolentas.

Al pie del lecho, tendido de bruces, inconsciente al parecer el cliente de la ramera yacía semidesnudo, con un tremendo cuchillo de carnicero cerca de su crispada mano, con la hoja de afilado acero virtualmente teñida de rojo.

Con un alarido de supremo horror, el conserje corrió al pasillo, para descolgar el teléfono y hacer girar desesperadamente su manivela, para pedir a la centralilla que le pusieran con la policía.

* * *

> «CONOCIDO CIRUJANO ACUSADO DE ASESINATO EN PRIMER GRADO. PARA LA POLICIA, EL CRIMEN DEL HOTEL ROYAL DE SOHO ES UN CASO CLARO Y SENCILLO, QUE NADA TIENE QUE VER CON LA MUERTE DE LA MODISTILLA AGNES LANGE, PESE A SUS APARENTES SEMEJANZAS. EN ESTE CASO, EL CRIMINAL HA SIDO IDENTIFICADO Y ACUSADO SIN DIFICULTAD ALGUNA, PESE A SUS PROTESTAS DE INOCENCIA.»

Wade Hastings, inhabitualmente, no leía nunca publicaciones como el «Illustrated Pólice News» con su fácil y macabro sensacionalismo y sus dibujos de portada, carentes del más mínimo gusto. Pero esta vez no pudo evitar leer todos aquellos titulares de primera plaza, entremezclados de indescriptibles bocetos y apuntes, donde el ilustrador había presentado con espeluznantes detalles la masacre del Hotel Royal en sus más nimios y sanguinarias matices.

Otro dibujo, en un ángulo de la planta ilustrada, mostraba a un respetable caballero con lentes sobre su aguileña nariz, cabellos canosos y rostro amable, con un nuevo titular, tan de pésimo gusto como los anteriores, al pie del retrato:

«ESTE ES EL CIRUJANO SAIN CLAIR, ACUSADO DEL ATROZ ASESINATO DE LA RAMERA DE SOHO.»

Wade Hastings arrugó el ceño. Nunca ponía un especial interés en los asuntos profesionales de su tío Nathaniel ni en sus amistades de los círculos profesionales de la medicina londinense, pero recordaba perfectamente al doctor Samuel Saint Clair del Club de Médicos y Cirujanos de Mayfair del que era socio su tío. Lo evocó como un caballero afable, educado y cordial, casado con una dama crónicamente enferma, y con un prestigio notable dentro del ámbito profesional y también entre su selecta clientela.

Wade ignoraba si se podría probar que era culpable y terminaría colgado de la horca en Newgate, pero sí estaba seguro de algo, a la vista de esas noticias: su carrera como cirujano y como persona honorable, estaba arruinada de antemano, ocurriese lo que ocurriese en la sala de lo criminal de Oki Bailey.

No pudo resistir la tentación y, apenas descendió del tranvía de caballos en que viajaba, adquirió un ejemplar de la para él deleznable publicación amarilla, encaminándose a casa de su tío mientras hojeaba la información truculenta del semanario.

—¡Cielos, sobrino, no es posible! —se escandalizó su tío, el doctor Nathaniel Hastings, al verle aparecer con el periódico en sus manos, absorto en su lectura—. Nunca te hubiera imaginado capaz de leer semejante basura…

—Yo tampoco, tío. Pero durante mi estancia en Escocia, veo que han ocurrido en Londres cosas que sólo esta clase de semanario podía informarme en este momento. ¿Es cierto lo del doctor Saint Clair?

—Desgraciadamente, sí —suspiró su tío—. Una historia terrible, ¿no?

—Terrible y absurda. ¿Cómo pudo el doctor llegar a algo así? Se mete en un hotel de mala nota con una ramera profesional, y luego… luego la despedaza con un cuchillo. No tiene el menor sentido, a menos que se trate de un sádico sexual que oculta muy bien sus perversiones con una capa de respetabilidad…

—Mira, sobrino, en nuestra bendita sociedad actual, mucha gente ha de fingir lo que no es, para que su honorabilidad esté a salvo. Nos hemos acostumbrado a tal falsedad, a tales represiones, que quien muestra en público sus debilidades, perfectamente lógicas y humanas por otra parte, es acusado por esa misma sociedad de corrompido y degenerado. Es la mojigatería, la intolerancia de nuestra época, la que empuja a hombres como el doctor Saint Clair a cosas como buscar una vulgar prostituta para desahogar su naturaleza de hombre todavía físicamente fuerte y sujeto por otro lado a una esposa enferma e

incapacitada para una intimidad normal. El no niega que pagara a esa profesional en Soho para pasar un rato con ella. Lo que niega rotundamente es haberse vuelto loco de repente, matándola de ese modo bestial y sanguinario.

—¿Y tú qué crees?

—No sé qué pensar, Wade, muchacho —confesó con desaliento el médico—. Aparentemente, todo le acusa. Estaba solo, encerrado con ella en una habitación sin más salidas que la puerta que rompió el conserje, por estar cerrada con llave y pestillo, y sin otra ventana que una asomada a un patio, precisamente cerrada y asegurada por dentro cuando la examinó la policía.

—¿Entonces…? —Wade enarcó sus cejas bien dibujadas, revelando asombro en sus grises y sagaces ojos. El rostro anguloso, sobrio y atractivo, del joven sobrino del doctor Hastings, revelaba también cierta perplejidad mientras dejaba a un lado su macferlán gris, su sombrero de igual color y el arrugado periódico amarillo.

—Aun así, no puedo creer que Saint Clair matase a esa chica.

—Pues tú me dirás quién pudo hacerlo, si no —se encogió de hombros Wade—. Si nadie pudo entrar ni salir en esa alcoba, cerrada herméticamente en sus dos accesos, y dentro fueron hallados una mujer destrozada y un hombre con un cuchillo sangrante a su lado, por muy inconsciente que estuviera, ¿qué otra explicación cabe de esos hechos? Tal vez se golpeó en su furia por acuchillar a su víctima, o sufrió un desvanecimiento y se golpeó al caer. Pero tuvo que ser él quien matara a la chica. Además, tu amigo Saint Clair es un notable cirujano. Quien hizo esos cortes, parecía saber algo de cirugía, ¿no te parece?

—Evidentemente, sí. Pero…

—Pero, ¿qué, tío? —suspiró su sobrino, sacudiendo la cabeza—. Desengáñate. La amistad no puede cegar tu lógica natural. ¿Qué otro culpable podía existir?

—No lo sé, Wade. Pero he recordado otro suceso importante en Soho, donde Saint Clair, no tuvo nada que ver. También ahí destrozaron a una bella muchacha. Y estaba sola en su casa, encerrada en su habitación, con puerta y ventanas cerradas. También eso sucedió en Soho.

—Sí, he leído una referencia a tal hecho en el «Pólice News». Debió ser una coincidencia, simplemente. No puede influir en el crimen cometido por el doctor Saint Clair, tío Nathaniel.

—Es posible que tengas razón, sobrino, es posible —musitó el médico, paseando por la estancia—. Pero yo sigo pensando que algo no está nada claro en todo esto…

Capítulo III

El superintendente Miles Howard, de Scotland Yard, meneó la cabeza, perplejo, contemplando al doctor Bruce Ashford, médico forense encargado de la autopsia de la infortunada prostituta Deborah Jones.

—De modo que usted cree que pudo ser el mismo que mató a la anterior, a la modistilla Agnes Lange…

—Exacto, superintendente —afirmó el médico—. Los cortes son muy semejantes, la forma de seccionar los miembros muy parecida… El arma puede diferir, puesto que no creo que en la muerte de la modistilla el cuchillo fuese tan grande como en esta ocasión, pero yo diría que la técnica del asesino y también su terrible furia homicida son idénticas.

—Sin embargo, es obvio que solamente su colega, el doctor Saint Clair pudo matar a esa mujer.

—Sí, lo admito —el forense se frotó el mentón, dejando vagar su mirada reflexiva por las mesas de mármol de la Morgue, donde los blancos bultos formados por las sábanas sobre los cadáveres, tenían algo de tétrico y estremecedor incluso para hombres avezados a convivir con la muerte, como los médicos forenses y los policías—. Es posible que el doctor Saint Clair matase también a la modistilla, si resulta ser un sádico asesino y torturador de mujeres.

—Pero queda en pie la incógnita de cómo pudo entrar y salir de la habitación de la joven modista, doctor.

—Ah, ese problema es suyo, superintendente. Del mismo modo podríamos aceptar que una tercera persona pudo llegar hasta Deborah Jones y matarla, dejando previamente inconsciente al doctor Saint Clair, como él afirma en su declaración.

—Eso es ridículo. El doctor era el único ser vivo que había en la estancia cuando el conserje rompió la puerta a hachazos para entrar. Sus golpes y gritos atrajeron a otros huéspedes, y eso pudo comprobarse de inmediato. De haber tenido alguien más en la habitación del hotel, hubiese sido visto sin remedio. El armario estaba cerrado con llave y nadie lo había abierto recientemente. Sólo había una cama, das sillas y un pequeño secreter, así como una pequeña otomana arrinconada.

—¿No pudo ocultarse el criminal debajo de la cama? —sugirió el médico.

—Doctor Ashford, es muy loable su afán por preservar de sospechas a un colega, pero debo decirle que eso queda totalmente descartado. El primer lugar donde el conserje miró, acompañado de uno de los clientes que acudieron a su voz, fue bajo esa cama. Por supuesto, allí no había nadie.

—De modo que tuvo que ser Saint Clair, sin remedio.

—Exacto. Tuvo que ser él.

—¿Y cuál es la declaración precisa de mi colega? Apenas si he leído los diarios. Uno no gusta de esa clase de lectura, superintendente, cuando tiene que manipular cadáveres cada día.

—Su declaración *es* simple. Y se aferra a ella como a un clavo ardiendo. Asegura que cuando estaba abrazado a su pareja en el lecho, notó la presencia de alguien a sus espaldas. Quiso volverse y no le fue posible. Algo le golpeó en la nuca y perdió por completo la noción de las cosas, hasta que le despertó el propio conserje, en presencia de dos policías.

—¿No vio a su presunto agresor?

—No vio nada. Insiste en que fue sólo una impresión personal y cuando quiso volverse fue golpeado. No sabe nada más. Pero jura y perjura que ésa es la verdad. Como ha visto, doctor Ashford, una verdad imposible.

—O, cuando menos, improbable —rectificó suavemente el forense con un encogimiento de hombros, encaminándose a la salida del depósito de cadáveres—. Bien, superintendente, le dejo con sus problemas. Pero yo que usted, trataría de saber dónde estaba el doctor Saint Clair cuando acuchillaron a la modistilla. Es posible que eso le ayudase a demostrar que estamos ante un auténtico asesino de mujeres de tipo psicopático.

—Lo intentaré. Sobre todo si, como usted sugiere, la misma ejecutó a ambas infortunadas víctimas. ¿Cree que quien efectuó esos tajos es, realmente, un experto conocedor de la anatomía humana?

—En efecto, pero eso no significa nada definitivo, superintendente. También un simple estudiante de medicina puede conocerla. O un dibujante o pintor o escultor. Todos ellos dominan ese conocimiento, aunque no todos manejan con precisión un bisturí o un cuchillo, lo admito.

—Gracias, doctor Ashford. Es posible que sus opiniones me sirvan de alguna ayuda en este odioso caso. De todos modos, insisto en que sólo una persona puede ser culpable: el doctor Saint Clair. Después de todo… él es cirujano.

El forense asintió, abandonando la Morgue. Howard dirigió una última mirada al blanco bulto que era ahora el destrozado cadáver de la muchacha, sacudió la cabeza con expresión ceñuda, y luego se

encaminó también a la salida del tétrico lugar.

* * *

Wade Hastings pisó las piedras del amplio patio de San Bartolomé, donde los carruajes sanitarios se alineaban, saliendo o entrando con frecuencia, al portar heridos o enfermos, bien de regreso a sus domicilios, bien internándolos en aquel recinto médico donde los jóvenes doctorandos practicaban con su flamante título, bajo la supervisión de expertos galenos como su tío Nathaniel.

Miró en derredor, mientras el aire frío de una corriente entre los soportales de piedra de larga existencia agitaba los faldones de su macferlán gris y los cabellos castaños y revueltos que asomaban bajo su sombrero de igual color.

Sonrió al ver descender por la amplia escalinata de piedra a una joven de cabellos dorado oscuros, ojos pardos y expresión risueña, con una serie de libros bajo el brazo. Las ropas de color marrón claro, se adherían a su joven cuerpo, revelando la perfección de sus formas.

—¡Vaya, Wade, qué sorpresa! —exclamó la joven, que llevaba sobre su vestido una bata sin abrochar, de color blanco— ¿Qué se te ha perdido a ti por este lugar donde tan poco te gusta asomar la nariz?

—Vengo a recoger a mí tío —sonrió Wade cortésmente, inclinándose-ante la joven un poco—. Ya sabes que no me seduce la Medicina ni me gusta oler a ácido fénico.

—Sí, claro que lo sé. ¿Cómo van tus escritos, Wade?

—No mal del todo. He firmado un contrato con una empresa editora para escribir una serie de libros sobre las Colonias y la política victoriana. Creo que pronto tendré que volver a viajar, pero esta vez más lejos, posiblemente a la India y el Sudán.

—Es fascinante viajar y escribir, ¿no crees?

—Sí, creo que lo es, Sybil —admitió el joven, con un leve encogimiento de hombros—. Mi última visita a Escocia, para terminar mi obra sobre los clanes y las gestas de los *borderers*[2], no ha sido tan fascinante como viajar a ultramar, pero no estuvo mal. ¿Y tus estudios, cómo van?

—Regular solamente —ella movió la cabeza con cierto pesimismo —. Cada vez veo más difícil conseguir el título. Hoy he asistido a una operación en este hospital, y he sacado la conclusión de que sigo ignorando muchas cosas de las que sé.

—No te desalientes. Sé que eres un buen médico y no te costará demasiado doctorarte, Sybil.

Sybil Jordan, la joven estudiante de Medicina, hizo un gesto dubitativo.

—Ojalá tengas razón —suspiró—. No se trata sólo de mi capacidad para el estudio. Hay otros problemas, como la falta de comprensión de mis compañeros, la poca confianza que los profesores y catedráticos tienen en una mujer cuando intenta estudiar una carrera como ésta. Ya sabes que vivimos en una sociedad donde sólo se concibe a la mujer cocinando, cosiendo o haciendo tareas del hogar.

—Algún día será diferente, pero al menos existen muchachas como tú, que ya lo estáis intentando contra viento y marea. Y estoy seguro que con éxito, mal que les pese a muchos.

—Eres un encanto, Wade —sonrió ella, colgándose de su brazo amistosamente—. Si Coleman fuera así…

—¿Coleman? ¿Quién es él?

—Oh, ¿no te he hablado nunca de Coleman Fry, Wade querido? —se sorprendió Sybil.

—Ni lo más mínimo. ¿Quién es exactamente? ¿Tu gran amor?

—Algo sí —rió de buena gana la joven estudiante—. Coleman es empresario teatral en Soho. Dirige el teatro Palladium en la actualidad. Lo heredó de sus padres, según parece. Yo no entiendo mucho de teatro, pero él tampoco de medicina, de modo que estamos iguales. Lo que no le gusta es que yo me haga médico. Dice que eso no tiene sentido para una chica como yo y menos si nos casamos en breve, como él desea.

—¿No quieres una boda rápida?

—Cielos, claro que no. Eso rompería todos mis planes. Antes quiero mi título.

—¿No estás enamorada de él?

—Sí, pero soy una chica muy cerebral, Wade. Prefiero primero ser doctora en Medicina y luego esposa. Sé que si fuera al revés, Coleman se las ingeniaría para impedirme terminar la carrera. No es un machista, ni un antifeminista, como yo tampoco soy feminista porque quiera estudiar lo que me gusta. Pero tenemos criterios distintos sobre la cuestión, eso es todo.

—Deseo que todo resulte conforme a tus deseos —sonrió Wade, mirando a la planta alta—. Bien, ahí viene tío Nathaniel…

—Oh, si, le vi durante la operación. Nos dio algunos consejos prácticos. Tienes un tío encantador. Es un gran médico y un excelente profesor para nosotros.

—Sí, tío Nathaniel es magnífico —aceptó Wade, irónico—. De alguien tenía que haber heredado yo mis virtudes personales.

—¡Presuntuoso! —rió Sybil. Le besó rápidamente en una mejilla y se alejó a la carrera por el patio, agitando un brazo—. ¡Hasta otro día, genio!

—Hasta siempre, encanto —sonrió Wade, respondiendo al saludo.

Se volvió, viendo bajar a su tío; un gesto preocupado ensombrecía el rostro del doctor Hastings al aproximarse a su sobrino. Este indagó—: ¿Ocurre algo, tío?

—Ocurren muchas cosas, sobrino —admitió el doctor Hastings, pensativo—. A mi colega, el doctor Saint Clair le acusan también del asesinato de la modistilla. Al parecer, carece por completo de coartada sólida para la tarde del sábado en que la chica fue asesinada en su hogar, y según el informe forense, la misma mano empuñó el arma homicida en ambos casos. Creo que al pobre hombre le ha dado una crisis cardiaca al saberse acusado de otro crimen, y ha sido trasladado desde Newgate al hospital penitenciario en precario estado de salud. Pero no creo que eso disuada a la policía de sus convicciones. Más bien les convencerá de que el buen doctor es culpable de ambos hechos, y la emoción de saberse descubierto provocó la crisis.

—Es posible —aceptó Wade—. La policía tiene un presunto culpable en sus manos y dudo mucho que le deje escapar. Después de todo, es su mejor arma contra las presiones políticas y de la opinión pública. Nada más cómodo para la policía que dar un sospechoso a los tribunales.

—¿Eso quiere decir que también tú dudas de la culpabilidad del doctor Saint Clair?

—Tío, yo siempre dudo de todo por principio. Es algo innato en mí. Aunque lo cierto es que todavía sigue pareciendo culpable tu buen amigo y colega, para ser sinceros… El crimen del hotel le señala de un modo demasiado evidente. La lógica parece convencernos de que solamente él pudo matar a la mujer. La ausencia de coartada, no hace sino complicarle las cosas, si le relacionan con lo ocurrido a la modistilla.

—Si fuera posible hacer algo por él… —suspiró el doctor Hastings, moviendo la cabeza con expresión sombría.

—Creo que sólo un buen abogado, el mejor de landres, podría intentarlo —le recordó Wade a su tío con tono pesimista—. Bien, ¿qué te parece si salimos de aquí? El olor de este establecimiento logra alterar mis nervios.

—Y yo que pensaba cuando eras muy niño en hacer de ti un buen médico para seguir la tradición familiar… —murmuró su tío con amargura—. Sí, Wade, vamos ya. Se hace tarde y debemos comer algo, antes de que tú vuelvas a tu editorial y yo a mis lecciones prácticas con los internos del hospital… Por cierto… ¿quieres que hagamos algo esta noche, Wade? Hace tiempo que no vamos a ningún concierto ni a ninguna representación teatral…

—Eso es una buena idea, tío Nathaniel —aceptó Wade con cierto entusiasmo—. ¿Qué se te ocurre que podamos ver para pasar un buen rato y olvidarnos de cosas como mi libro y tus lecciones… o como las

desgracias de tu colega, el doctor Saint Clair?

—No tengo hecha ninguna idea preconcebida, ésa es la verdad. En el Globe presentan algo de Shakespeare, en el Criterion una obra de ese cínico de Oscar Wilde…

—¿Y qué representan en el Palladium, tío Nathaniel? —inquirió como distraído su sobrino.

—¿El Palladium? —el doctor Hastings frunció el ceño La verdad, no lo sé. Eso está en Soho, ¿no es cierto?

—Muy cierto, sí. Creo que representan algo bueno… Lo oí decir a alguien.

El tío de Wade adquirió un diario en un puesto cercano al hospital, antes de subir al carruaje y partir ambos hacia el centro. Hojeó las páginas de espectáculos.

—Aquí está —dijo—. En el Palladium representan una obra de un autor desconocido, pero que está teniendo mucho éxito en Londres estas semanas. Al parecer su protagonista, Sue MacCarthy, es una joven y extraordinaria actriz de gran porvenir…

—¿Qué tal, entonces, si vamos a ver a esa notable actriz, tío?

—Por mí, bien —miró pensativo a su sobrino, doblando el periódico, que dejó sobre el asiento del vehículo, a su lado—. ¿Por qué ese interés por el Palladium precisamente, sobrino?

—Digamos que fue idea sugerida por otra persona —sonrió Wade evasivo—. De paso, visitaremos un barrio tan puesto de moda como es Soho, ¿no te parece?

—Juraría que hay algo oculto en tus intenciones… pero no sé lo que es.

—Te aseguro, tío, que si es así, yo mismo lo ignoro todavía —declaró el joven escritor con aire de perfecta inocencia.

* * *

La obra que se representaba en el Palladium tenía el largo título de «Sueño primaveral con música de Mozart», y era una comedia sutil, deliciosamente interpretada por su primera actriz, la joven y rubia Sue McCarthy, con un diálogo ágil y lleno de ingenio, que nada tenía que envidiar al de otros autores más famosos, como el del hombre que escandalizaba constantemente a Londres, el gran Oscar Wilde.

En el pato adquirido por el doctor Hastings, éste y su sobrino asistían a la representación con aspecto de sentirse totalmente cautivados por la joven y dúctil actriz que se movía en escena y por el excelente libreto de la obra. La platea, repleta de público, era un indicio claro del éxito de la obra. Al parecer, el halo siniestro que rodeaba en aquellos últimos días a un distrito harto dudoso como el

de Solio, en nada influía para que el público londinense de la mejor tradición teatral dejara de asistir a su espectáculo favorito cuando éste tenía calidad.

Cayó el telón del segundo acto, entre aplausos entusiastas de los espectadores, a los que se unieron los de los Hastings, tío y sobrino. Las luces de la sala se encendieron, y las candilejas, ante el rojo cortinaje de flecos dorados, se extinguieron lentamente.

Murmullos de aprobación invadieron la platea, camino del *foyer* los entusiasmados asistentes.

—Voy al bar a tomar algo —anunció el doctor Hastings apaciblemente—. ¿Vienes, Wade?

—Posiblemente vaya después —admitió el joven con un leve encogimiento de hombros, poniéndose en pie—. Ahora quisiera felicitar a cierta dama por sus méritos.

—No me digas que vas a visitar a la primera actriz, la señorita McCarthy…

—¿Por qué no? —sonrió Wade—. Es muy bonita e inteligente. Me gustan las mujeres como ella. Será sólo un momento, tío, en el supuesto de que reciba admiradores en su camerino durante la representación.

—Bien. Te espero en el bar del vestíbulo. Suerte, Wade.

El médico se alejó hacia las escaleras de acceso al vestíbulo del Palladium. Wade tomó la dirección opuesta, hacia la puerta de acceso al escenario. Un empleado le detuvo cortésmente.

—Lo siento, señor —manifestó—. Está prohibida la entrada.

—Sólo deseaba presentar mis respetos a la señorita McCarthy —dijo Wade—. Soy un entusiasta admirador suyo…

—No puede ser ahora, señora. Sigo órdenes de la empresa, créame. Pero puede pasar al término de la representación, y estoy seguro de que la señorita McCarthy le recibirá.

—Muy amable —Wade disimuló su decepción—. Lo intentaré entonces, si es que no hay otro remedio. ¿Ha sido el señor Fry quien dio esas órdenes?

—Sí —el conserje le miró, sorprendido—. ¿Conoce usted al señor Fry?

Wade iba a contestar ambiguamente, cuando una voz varonil, firme y segura, respondió por él:

—Me temo que ese caballero y yo no nos conocemos de nada, Gus. Pero me gustaría saber por qué conoce mi nombre… No creo que figure en ningún programa de teatro.

Wade se volvió, dirigiendo una cortés inclinación al hombre joven, vigoroso y de piel cetrina que asomaba por la puerta del escenario, en mangas de camisa, con un chaleco rameado, de color verde oscuro,

cruzado por una gruesa cadena de oro de bolsillo a bolsillo. Debía tener unos treinta dos años como máximo, su cabello era muy negro y ligeramente rizoso, y sus ojos brillantes y oscuras como dos trozos de azabache.

—No nos conocemos de nada, en efecto —admitió Wade con una sonrisa—, Pero tenemos ambos una amistad común, si es usted el señor Fry.

—¿Cuál?

—Sybil Jordan, estudiante de Medicina en El Bart

—Oh, ¿Sybil? —el moreno joven frunció el ceño, mirándole con renovado interés—. Si, yo soy Coleman Fry, dueño de este teatro y prometido de la señorita Jordan. ¿Y usted quién es, exactamente?

—Wade Hastings, sobrino del doctor Hastings, de San Bartolomé.

—Vaya, vaya… —le tendió una mano ancha y recia, cubierta ligeramente de oscuro vello en sus fuertes dedos—. He oído hablar de usted y, sobre todo, de su tío. El doctor Hastings parece ser no sólo un excelente médico, sino también un admirable profesor.

—Gracias por el elogio, señor Fry —Wade estrechó aquella mano con calor, notando una presión cordial, de hombre amistoso, en la suya propia—. Espero sepa disculparme si he sido inoportuno al pedir ver a la señorita McCarthy ahora, pero su interpretación me ha cautivado.

—No es usted el único que piensa así —sonrió a su vez Coleman Fry, mostrando una dentadura fuerte y nítidamente blanca—. Abundan sus admiradores, créame. Pero no sólo decisión mía impedirle visitas en los entreactos. La verdad es que ella me lo exige así, porque termina muy fatigada en cada acto y necesita un leve descanso en su camerino, a solas. Si fuera por mí, le permitiría visitarla ahora, pero me temo que eso la irritaría.

—No se preocupe, entiendo muy bien sus razones. Creo que se debe respetar su voluntad, señor Fry. Luego pasaré a felicitar a su joven actriz. Es realmente notable.

—Sí, creo que tiene un gran porvenir —suspiró el joven empresario —. No falte, señor Hastings. Le estaré esperando para llevarle a presencia de la señorita McCarthy. Por cierto, ¿no sabía que ella es hija de un colega de su tío?

—Oh, no —se sorprendió Wade—. ¿De veras?

—Sí. Su padre es el doctor Ian McCarthy, que ejerce en Manchester. Contrarió mucho al doctor McCarthy dedicándose al teatro, pero creo que ahora él empieza a mostrarse orgulloso de una hija así.

—Creo que con toda la razón del mundo, señor Fry. Bien, hasta luego. Y gracias por todo.

—Hasta luego, señor Hastings. Ha sido un placer conocer a un amigo de Sybil, palabra.

Wade regresó al palco, tras tomar una copa con su tío en el bar del teatro. Se alzó el telón, y el tercer acto transcurrió en medio del interés del público, que al final se volcó, puesto en pie, ovacionando a la joven actriz, cuya capacidad interpretativa, en el desenlace, desbordó todo lo previsible.

Wade no perdió tiempo en dirigirse al escenario de nuevo, mientras su tío le anunciaba que le esperaría en la calle, puesto que era reacio a visitar escenarios.

Esta vez, no hubo problemas. El conserje le permitió el paso sin objeciones, saludándole con cierta deferencia. Wade se encaminó a una escalera angosta y breve, a un lado del escenario, siguiendo las indicaciones del empleado. A distancia, vio la puerta cerrada, con el nombre de Sue McCarthy en su superficie.

Una mujer de mediana edad, con indumentaria de doncella, cruzó ante Wade, anticipándose a él y golpeando con los nudillos en la puerta, suavemente, antes de girar el pomo y entrar.

Apenas lo hubo hecho, un terrible alarido retumbó en todo el teatro.

La mujer reapareció, mortalmente lívida, dejando caer las ropas que llevaba en su brazo, miró en torno suyo con ojos desorbitados y gritó:

—¡Dios mío, socorro! ¡La señorita McCarthy!… ¡Es horrible!…

Y se desplomó pesadamente, quedando inmóvil en el suelo, ante la puerta.

Hubo una conmoción en el escenario. Tramoyistas, actores y empleados asomaron por doquier, sin entender nada. Wade reaccionó antes que todos ellos, y corrió impetuosamente hacia el camerino de la joven actriz.

Saltó por encima del cuerpo inerte de la doncella, y empujó la puerta cuanto le fue posible, pues se atascó ésta en determinado momento, al tropezar con algún bulto caído en el suelo, dentro del camerino.

Wade forcejeó, pugnando por asomarse por la abertura, y al fin lo logró. Un ronco grito de horror y de asombro brotó de sus labios contraídos.

Allí estaba Sue McCarthy, la dúctil, bella y sensitiva actriz que acababa de admirar en la escena. Sin duda, al abrir la doncella la puerta del camerino, el cuerpo de la muchacha se había desplomado, bloqueando la puerta. Podía verse aún la silla volcada, ante el espejo oval de su tocador, bordeado de luces a gas, y la sangre salpicándolo todo, en un auténtico rio de color rojo. Un reguero sangriento cruzaba

en diagonal el espejo, goteando sobre los maquillajes y pinturas de la actriz. Un charco rojo oscuro, en el suelo, se extendía desde el cuerpo hendido a tajos, degollado bestialmente, desgarradas sus ropas y su carne por más de diez cortes profundos, atroces, que casi habían separado de su cuerpo los senos, los brazos e incluso la rubia cabeza.

El rostro, antes ingenuo, era ahora una lívida, horrenda máscara de terror y de muerte, contemplando, sin ver, al hombre que acababa de encararse así con el horror.

Capítulo IV

—Dios mío, señor Hastings, ¿qué sucede? ¿Le pasa algo a la señorita McCarthy?…

Coleman Fry había surgido a espaldas de Wade. Este se volvió para contemplarle con expresión ensombrecida. Meneó la cabeza, retrocediendo dos pasos, llenos de un espanto sin límites.

—Mírelo usted mismo, Fry —jadeó—. Creo que hay que llamar a la policía, a una ambulancia… Ya nadie puede hacer nada por ella, es evidente.

El alarido de horror que profirió Fry, llenó de más consternación aún a los presentes, arremolinados en el escenario. Un actor y un tramoyista intentaban hacer volver en sí a la doncella, mientras los demás preguntaban sin cesar, tratando de saber lo ocurrido.

El conserje de la puerta del escenario indicó a Wade la situación de un teléfono, y éste lo descolgó, pidiendo a la centralilla el número de la policía. Le pusieron en comunicación inmediatamente, y el joven Hastings informó de lo ocurrido.

Regresó lentamente a la puerta del camerino, donde Coleman Fry, con el rostro ceniciento, se mantenía dificultosamente en pie. Sus ojos, dilatados, aparecían cuajados de horror. Parecía a punto de vomitar, vencido por fuertes nauseas.

—Serénese —pidió Wade roncamente—. Ya no se gana nada con dejarse vencer por las emociones. Fry. Ese salvaje asesino del Soho ha cobrado otra víctima, es evidente.

¿Qué… qué quiere decir? —jadeó Fry, mirándole con expresión aturdida.

—He oído hablar ya de otros dos crímenes demasiado parecidos a éste —manifestó el joven con amargura—. Dudo mucho que pueda ser una simple coincidencia.

Asomó de nuevo a la puerta entreabierta, dirigiendo una ojeada a todo el camerino, procurando no fijar sus ojos en la infortunada víctima, aunque no podía evitar la contemplación de la sangre, porque ésta formaba un auténtico concierto de macabro escarlata por doquier.

Su mirada se clavó en la única abertura visible en el camerino, con excepción de la propia puerta. Una ventana asomada a algún patio interior. Pero la ventana tenía un enrejado intacto tras los cristales. Y los postigos estaban cerrados y asegurados con una falleba. Era materialmente imposible que nadie hubiera huido por allí. Ni tampoco

entrado, puesto que estaba cerrado por dentro.

Recorrió con ojos pensativos el espejo oval, el tocador con faldones de cretona rematados en volantes, el sofá tapizado en un rincón, la mesita con periódicos y libretos teatrales, el abierto armario repleto de trajes…

—Un momento, Fry —jadeó—. Quiero ver algo…

El empresario le miró, aturdido. Wade entró sin esperar permiso alguno. Evitó pisar los regueros de la sangre. Su mano apartó los vestidos del armario. Este estaba vacío. Hizo lo mismo con el sofá, que retiró del rincón. No había nadie detrás ni debajo del mueble. Rodeó el tocador, para escudriñar la zona que quedaba tras el espejo montado sobre un bastidor de madera. Tampoco allí había nadie.

Regresó a la puerta, salió al corredor. Varios actores, maquillados aún, le contemplaron con expresión despavorida. El maquillaje parecía pasta grotesca en sus pálidas caras. La doncella había vuelto en sí al fin, y estaba informando, con voz entrecortada a sus aterrados oyentes. Ya todo el mundo sabía lo sucedido.

Wade se aproximó al conserje de la puerta de entrada al escenario en comunicación con la platea. Observó que desde su lugar habitual, era visible la puerta del camerino de Sue McCarthy.

—¿Vio entrar o salir a alguien de este camerino al terminar la representación o durante el tercer acto? —interrogó.

—No, a nadie, señor. Ya oyó antes al señor Fry. La señorita McCarthy no admitía visitas durante la representación.

—Pero algún actor, algún empleado del teatro… —insinuó Wade.

—Tampoco. No vi a nadie, salvo a la propia señorita McCarthy. Cuando ella salió a escena, cerró con llave. Poco después, como siempre, entró la señora Parker, su doncella, con las ropas que se cambiaba en la última fase del tercer acto, y volvió a salir enseguida, para llevar algunas prendas al departamento de sastrería del teatro, según la oí decir. Desde entonces, nadie entró en el camerino, excepto la propia señorita McCarthy al término de la representación. Y, desde luego, nadie salió, o yo lo hubiera visto.

—Sin embargo, el asesino no está dentro —dijo Wade con lentitud —. También esta vez se ha evaporado…

—¿Decía, señor…?

—No, nada —suspiró Wade, meneando la cabeza de un lado a otro, y alejándose del conserje con el rostro ensombrecido.

Poco después entraba su tío, muy pálido. Al parecer había sabido algo en el exterior. La noticia de la tragedia, como todas las malas nuevas, parecía haber volado.

—Wade, muchacho, no puede ser cierto lo que… —comenzó con voz ronca.

—Lo es, tío —asintió el joven gravemente—. Entra si quieres. Eres médico, después de todo…

El doctor Hastings asintió. Se dio a conocer ante Fry y los demás, y entró dificultosamente en el camerino. Examinó el cuerpo de la infortunada joven. Wade le vio estremecerse, con el rostro blanco como el papel.

Regresó en silencio al corredor. Su voz apenas si era audible:

—Debió matarla en el acto. El corte de la garganta es mortal de necesidad. Luego, se ensañó con el cadáver…

—Todo ello, en sólo dos minutos escasos —comentó Wade fríamente—. No tardó ni tres minutos en llegar ante esa puerta desde el palco, tío Nathaniel. Y para entonces, no sólo estaba todo consumado, sino que una vez más, el asesino había desaparecido sin dejar rastro, sin ser visto por nadie, saliendo de una habitación cerrada como por arte de magia… *como si jamás hubiera estado allí.*

El doctor Hastings miró sorprendido y alarmado a su sobrino. Sus ojos tuvieron un destello de comprensión.

—¿Quieres decir… quieres decir que el asesino de Sue McCarthy pudo ser… pudo ser el mismo de las anteriores? ¿El que mató a la modistilla y a la prostituta, Wade?

—Parece evidente, ¿no?

—SI, pero… Pero entonces el doctor Saint Clair…

—Entonces, el doctor Saint Clair, tío Nathaniel, como tú decías, es inocente de todo. Y yo me pregunto: ¿cómo entra y sale el asesino de la escena de sus crímenes, si nadie le ve llegar ni huir?

Su tío le miró sin responder. Wade no sintió extrañeza por ello. Sabía que esa pregunta, por el momento, no tenía respuesta.

Y ya eran tres las mujeres asesinadas en el Soho londinense, en el período de diez días.

* * *

El carruaje del doctor Hastings se alejó del Teatro Palladium, rodando lentamente sobre el empedrado callejero de Soho hacia Regent Street, en dirección a Piccadilly, desde donde se dirigían a Berkeley Street, donde residían tío y sobrino.

Pasaron ante otro viejo teatrillo cercano al Palladium, pero de aspecto radicalmente distinto en su fachada y en el género que se representaba en su escenario. Era un teatro dedicado a las variedades, un local llamado *Old Circus*. Según sus carteleras que Wade contempló distraído mientras dejaban pasar un carruaje en el cruce, antes de seguir ellos viaje, allí actuaban domadores de monos amaestrados, enanos, niños prodigio con instrumentos musicales, acróbatas y

contorsionistas, bajo el común denominador de un espectáculo llamado Desfile de Maravillas. Género ínfimo, mitad circense, mitad de *musichall* y en un local que por su apariencia debía tener ya próximo el derribo.

Wade no comentó nada. Iba demasiado abstraído en sus pensamientos para interesarse por espectáculos de ese calibre. La imagen de Sue McCarthy, llena de vida y de ingenua dulzura en el escenario, y bañada en sangre, salvajemente asesinada después en el camerino, se aparecía ante sus ojos como una imagen obsesiva.

Quedaron atrás los carruajes policiales, los *policemen* de negro casco, rodeando la manzana o batiendo los alrededores, posiblemente en una acción ya estéril. Wade miraba al exterior, sumido en un silencio profundo. Su tío tampoco hablaba.

Un local desfiló ante el carruaje, minutos después. Wade leyó de pasada su nombre, alumbrado por unos globos de gas: Hotel Royal.

—Tío… —habló de pronto, con voz brusca.

—¿Sí? —sonó lastimosamente el tono del doctor Hastings.

—¿Tienes algún mapa urbano de Londres en casa?

—Pues sí, creo que si… ¿Por qué lo preguntas? —se extrañó el médico.

—Tengo que mirar algo en él cuando lleguemos. Es sólo una idea, posiblemente ridícula. Pero es algo que se me acaba de ocurrir al ver ese hotel que hemos pasado.

—¿El Royal? Es donde mataron a…

—Sí, ya sé, ya sé. Por eso lo decía, tío Nathaniel. Tengo que ver cuanto antes ese plano. Y también preguntar algo a la policía o buscarlo en los diarios atrasados…

—No te entiendo, Wade. ¿A qué diablos te refieres? ¿Te encuentras bien? Ese suceso desgraciado parece haberte afectado mucho…

—No es nada, tío. Me encuentro perfectamente, palabra. Pero debo comprobar algo, antes de hablar unas palabras con el superintendente que se ocupa de este caso.

—¿Por qué te interesas tanto de repente por este asunto? —se extrañó su tío, contemplándole con cierta perplejidad.

—No lo sé —Wade se removió inquieto en su asiento del Carruaje —. Tal vez porque hasta ahora era solamente una noticia en los periódicos, algo de lo que se oye hablar sin comprender bien su verdadera naturaleza. Hoy ha sido distinto. El azar me ha hecho vivir directamente, como un personaje de la tragedia, la muerte de una mujer delicada, joven, hermosa y dúctil, a la que había admirado profundamente a lo largo de casi dos horas de moverse por el escenario. Esa misma mujer, momentos más tarde estaba muerta ante mis ojos, destrozada por la locura criminal de un asesino sin

conciencia ni piedad. Ha sido demasiado horrible todo para olvidado o para aceptarlo como una simple noticia más, tío Nathaniel.

—Y quieres colaborar, si ello es posible, a que el criminal pague la culpa.

—Sí, me gastaría conseguirlo, la verdad —las grises ojos del joven reflejaron dureza cuando centellearon, al pasar ante una farola de gas que proyectó fugazmente su claridad neblinosa en el interior del vehículo rodante—. Sé que va a ser difícil. Nuevamente, el asesino se escapa delante de los ojos de muchas personas, sin ser visto. No había nadie en el camerino de Sue McCarthy. Nadie vio entrar o salir de la habitación a persona alguna, ya fuese conocida o desconocí da. Pero sin embargo, el crimen se tuvo que cometer entre la caída final del telón con el regreso consiguiente de la actriz a su camerino, y mi llegada a la puerta del escenario. He contado ese tiempo aproximadamente evocando mis movimientos desde el palco, y la totalidad del mismo no sobrepasa los dos minutos. Muy poco tiempo para atacar a una mujer, destrozarla a golpes de cuchillo y desparece luego sin dejar rastro alguno de su presencia. La única salida accesible era la puerta, pero para entrar o salir por ella, forzosamente tenía uno que ser visto por el conserje de la puerta que comunica el escenario con la platea.

—Pudo distraerse ese hombre durante un instante, volver la cabeza hacia algún sitio… — sugirió el doctor Hastings, pensativo.

—Yo lo he pensado —admitió Wade serenamente—. Pero es raro que se distrajese *dos* veces hasta ese punto, tío. Re cuerda que el asesino tuvo que *entrar* y *salir*. Y esta acción, que realizó la doncella de la víctima, no era tan sencilla, porque el cuerpo de la muchacha, apoyado en la silla de su tocador, donde fuera asesinada, se apoyaba un poco en la puerta, dificultando su apertura, que se hacía con lentitud tras haber sido muerta ella. Cuando salió del camerino, precipitadamente, y llena de horror por la escena presenciada, lo hizo con brusquedad, y ello derribó el cuerpo de Sue contra el suelo, arrastrando la silla consigo y bloqueando en parte la entrada. Por tanto, el criminal tuvo que salir de allí con sigilo, lentamente, sin brusquedad alguna, por lo que no se movió el cadáver hasta que lo derribó la doncella en su salida precipitada.

—Pareces haber pensado en todo, como un perfecto policía —comentó su tío.

—Pero yo no soy un policía. Estoy solamente aplicando la lógica a los hechos. No quiero ser un detective aficionado, sino ayudar a la policía a dar con el asesino. Eso es todo, tío Nathaniel.

El doctor Hastings asintió, sumiéndose en un profundo silencio. Wade tampoco añadió nada más a sus palabras, y ambos hombres permanecieron callados hasta que el carruaje se detuvo en Berkeley

Street, cerca ya de la plaza del mismo nombre, justo ante la vivienda del doctor Nathaniel Hastings, que su sobrino compartía cuando regresaba a Londres de sus frecuentes viajes.

Entraron en la casa. El doctor condujo a Wade a su biblioteca, y allí buscó en un armario, hasta dar con unos planos que puso sobre la mesa, a la luz del globo de gas.

—Aquí tienes dos planos de Londres y uno que recoge toda la zona de Mayfair y Soho ampliada —dijo el médico con un suspiro. Luego, dominó un bostezo—. Voy a dejarte con tu tarea, muchacho. Debo madrugar mucho, y me siento muy cansado.

—Adelante, tío —le animó Wade—. Puedes dejarme solo. Me acostaré pronto, imagino.

Se dieron las buenas noches. Las pisadas de su tío se perdieron por la escalera, en la planta alta, y Wade desplegó los mapas urbanos, para comenzar su tarea. Una vez en mangas de camisa, se sirvió un *scotch* con agua y tomó un lápiz rojo y un compás, iniciando la labor proyectada.

Capítulo V

El superintendente Miles Howard arrugó el ceño, mirando a su visitante. El joven Hastings tomó asiento en una silla de la destartalada oficina del policía en Scotland Yard. Unos débiles rayos de sol, filtrándose entre las nubes matinales, herían las cristaleras de la ventana, revelando la película de polvo depositada sobre ellos. En la distancia, los remolcadores hacían sonar sus sirenas en el Támesis, envuelto el rió en una bruma densa, pese al apacible día londinense de que se disfrutaba.

—Bien, joven, usted dirá —habló el policía con tono intrigado—. ¿Tiene algo importante que decirme?

—Creo que sí, superintendente —afirmó Wade—. Es sólo una teoría, por supuesto, y yo no soy un policía, sino simplemente un escritor que deja guiar por la lógica y por ciertas corazonadas. Si no le molesta escucharme, quiero presentarle una teoría acerca de los asesinatos del Soho.

—Oh, ¿eso? —el superintendente se mostró cauteloso de repente —. Aún no podemos saber si ese horrible crimen del que fue usted anoche testigo de excepción, se debe o no a la misma mano que cometió los otros. El forense no nos dará un informe hasta mañana. No sé si sabe que la autopsia precisa que hayan transcurrido veinticuatro horas de la muerte de la víctima…

—Lo sé, superintendente —sonrió Wade— Por algo tengo un tío médico.

—Oh, es cierto. Perdone y prosiga, por favor. ¿Ha recordado algo que olvidó relatarme anoche, cuando llegamos al teatro?

—No, no, señor. Le referí todo cuanto había sucedido puntualmente.

—¿Entonces…?

—Se trata de algo nuevo. Algo que se me ocurrió durante el viaje de regreso a casa, y que he comprobado minuciosamente en los planos de Soho.

—Temo no entenderlo, señor Hastings —confesó el policía con cierta impaciencia.

—Lo comprenderá enseguida. Creo poder afirmar que los tres crímenes cometidos en estos días en otras tantas mujeres de muy distinta condición, se deben a una misma persona, superintendente.

—¿De veras? —Howard enarcó las cejas con aire de disgusto—.

Creo entender que usted y su tío, por una lógica afinidad, gustarían de ver proclamada la inocencia del sospechoso, el doctor Saint Clair…

—Eso es otra cosa. Claro que a mí tío le gustaría ver fuera de toda sospecha a un veterano como el doctor. Pero sus sentimientos de compañero y amigo nada tienen que ver con mis conclusiones, se lo aseguro.

—Bien, veamos qué conclusiones son ésas —dijo el superintendente, conteniendo un bostezo.

—Seré breve, señor. Ni usted ni yo tendremos tiempo sobrado para perder. En primer lugar, señor, una vez estudiados todos los casos de asesinato ocurridos en estos últimos días en Soho, algo me llamó particularmente la atención.

—¿Y es…?

—Que la modistilla Agnes Lange murió a las cinco y media de la tarde, aproximadamente, la prostituta Deborah Jones a las doce y algunos minutos de la noche, y la señorita McCarthy, anoche, aproximadamente a las once.

—¿Eso tiene algún significado para usted?

—Podría tenerlo, superintendente. Luego iré a ello. Ahora enfoquemos otro punto de la cuestión: los tres asesinatos se han cometido en un radio concreto, que no supera en total un círculo de media milla de diámetro en el barrio de Soho, véalo.

Extrajo un plano que desplegó ante los ojos del policía. Un círculo rojo, trazado con lápiz y compás, marcaba una zona concrete de Soho. Dentro de ella, había tres aspas rojas y un grueso punto azul, equidistante casi por igual de las tres aspas rojas. El policía miró todo eso con escepticismo.

—Me gustaría saber qué es *eso*, exactamente —manifestó.

—Cada aspa marca el escenario de un crimen —el dedo de Wade fue señalando pacientemente—. Vea, señor: la primera corresponde a la vivienda de la modistilla. La segunda, al hotel Royal. La tercera, al Teatro Palladium. Como ve, todo ello dentro del círculo trazado, a no mucha distancia entre sí.

—¿Y ese punto azul? ¿Qué significa?

—Como puede comprobar, es un lugar que dista casi *la misma* distancia de cada una de las tres aspas rojas. He comprobado esta misma mañana que se tarda cosa de ciña) minutos, si se camina con paso rápido, en llegar desde el punto azul a cualquiera de los tres escenarios de los crímenes.

—Muy interesante. Pero, ¿cuál es ese punto azul, exactamente? ¿A qué lugar corresponde?

—A un viejo teatrillo a punto de ser destruido. Se llama el *Old Circus*, superintendente.

—*Old Circus*? Lo recuerdo muy bien. Representan espectáculos de ínfima categoría. Atracciones dignas de barracones de feria y nada más.

—Lo sé, señor —sonrió Wade, mostrándole un programa del teatrillo, que extrajo de otro bolsillo, junto con una hojita de papel azul que agitó risueño—. Esta es una entrada del *Old Circus* para esta noche. Pienso asistir a la representación.

—Me parece de pésimo gusto, pero allá usted. Ahora dígame: ¿a qué viene todo eso, y qué relación puede tener con lo sucedido?

—Ya le dije que en cinco minutos se puede ir desde el teatrillo a las escenas de los asesinatos. Ponga otros cinco minutos para regresar y dos o tres para cometer el delito. Tendremos un tiempo total inferior a quince minutos.

—Sigo sin ver adónde va a parar, señor Hastings —la impaciencia y el aburrimiento comenzaban a hacer acto de presencia en el gesto y la voz del policía.

—Ya llegamos a ello, señor. Como verá por este programa del *Old Circus*, las representaciones diarias son a las seis de la tarde y diez de la noche en días laborables. Los sábados y domingos, la primera sesión, en cambio, sufre una alteración de horario, iniciándose a las cinco y treinta minutos. La sesión de noche termina a las doce, según he averiguado hoy, viene a coincidir con la hora justa de su inicio. ¿Eso no le dice nada, superintendente?

—Estoy hecho un lio con sus horarios, sin saber dónde nos conduce todo ello.

—Nos conduce a las horas de los crímenes, superintendente. Dése cuenta: la modistilla muere justamente cuando está empezando o a punto de empezar la representación del

Old Circus. La prostituta es asesinada cuando tiene lugar el entreacto entre ambas partes de la función de la noche. Y Sue MacCarthy es asesinada cuando *acaba de concluir* la representación, no sólo en el Pavillion, sino también en el *Old Circus*.

—Sorprendente. ¿Y no terminan aproximadamente a la misma hora todos los espectáculos, señor Hastings? —se irritó el superintendente.

—Muy cierto. Pero ningún otro teatro dista *igual* recorrido de cada escena del crimen, superintendente. Por tanto, ese es el lugar idóneo para que el asesino abandone la representación y cometa su crimen, regresando luego al teatrillo.

—Es una teoría cogida por los pelos, señor Hastings. Eso es lo malo de querer ser aficionado a detective —sonrió condescendiente el hombre de Scotland Yard—. Ustedes imaginan fantásticas posibilidades para unos crímenes infinitamente más simples y

vulgares.

—¿Simples y vulgares? —replicó Wade, ya molesto—. ¿Llama usted «simple y vulgar» al hecho de que en todos esos casos el) lugar estuviera cerrado, fuese casi imposible entrar o salir de él, y que al ser hallado el cadáver no se hallase abertura alguna por donde hubiese podido escapar el asesino? Y voy más lejos, superintendente: ¿Llama usted «simple y vulgar» a la sorprendente circunstancia de que en *todos* estos casos *hubiera un médico por medio, como víctima indirecta del crimen*?

—¿Eh? —el policía pegó un respingo, mirándole sorprendido—, ¿Qué dice usted?

—¿Es que no se ha dado cuenta, siendo policía profesional? —observó Wade con cierto frío sarcasmo—. La señorita Lange era novia de un joven médico del hospital de San Bartolomé, el doctor Steve Craig. La prostituta Deborah Jones estaba en compañía de un viejo médico, el doctor Saint Clair, cuando fue asesinada, y él inculpado del hecho. En cuanto al crimen del teatro, la señorita McCarthy era hija del doctor Ian McCarthy, médico con consultorio propio en Manchester.

Abrumado, el superintendente Howard inclinó la cabeza, rebuscando en una serie de papeles de un dosier que tenía sobre su mesa. Al fin, meneó la cabeza afirmativamente. Evitó mirar a Wade cuando confesó:

—Le ruego me perdone. Es cierto lo que usted dice. Resulta imperdonable que no me diera cuenta de ello… Aunque podría ser una coincidencia, no deja de ser chocante… — ahora sí alzó su mirada hacia el joven, para preguntar con más respeto—: ¿Qué significado podría tener ese hecho, según usted, y cuál sería su posible relación con el *Old Circus*?

—Además formar la tercera coincidencia de estos crímenes, ya que las dos anteriores son el recinto cerrado y la furia homicida del criminal en sus víctimas, se relaciona de un modo indirecto con la cuarta coincidencia, que es la equidistancia del viejo teatrillo con respecto a los escenarios de los diversos crímenes, así como los horarios elegidos para los mismos. Y esa relación, superintendente, es muy simple. Basta con averiguar algunas cosas de las atracciones circenses del *Old Circus*.

—Sigo sin ver a qué se refiere cuando insiste sobre ese teatro de baja estofa, señor Hastings.

—He averiguado hoy algunas cosas sobre el teatro, al tiempo de adquirir el programa y la entrada para esta noche. Estuve bebiendo cerveza en un *pub* inmediato, con unos *cockneys*[3] y un par de tramoyistas del teatrillo. Les invité generosamente, hice preguntas… y ellos hablaron. Vea el programa, señor. Hay también unas aspas rojas

junto a ciertos nombres de la programación de atracciones.

El policía asintió, comprobando la existencia de tres aspas de color rojo junto a unos nombres del programa. Los revisó con lentitud, frunciendo el ceño.

—Damon Hawkins, productor y empresario del espectáculo —recitó lentamente—. Guy Lafarge, «el extraordinario y enigmático domador de simios inteligentes»… y, finalmente, Miklos Farkas, «el más pequeño y más grande acróbata del mundo». ¿Qué significa esto, señor Hastings? ¿Qué quiso usted representar con esas aspas rojas en sus nombres?

—Esas son las tres personas del *Old Circus* que tuvieron motivo y ocasión para matar a las tres mujeres, superintendente —afirmó con sorprendente seguridad la voz del joven Hastings—. Casi con toda seguridad, uno de ellos es el culpable que buscamos.

* * *

—¡Increíble! —manifestó con asombro el doctor Hastings, mirando a su sobrino, tras una ojeada al programa del tea— trillo, removiéndose inquieto en el confortable butacón del club del que ambos eran socios. Miró en derredor, a los respetables caballeros que dormitaban o leían el *Times*, y añadió en tono más bajo, para no alterar el sagrado silencio del recinto social—: ¿Que te dijo el superintendente cuando le hablaste así?

—Creo que se llevó la sorpresa más grande de su vida. Tardó bastante en reaccionar — una vaga sonrisa animó el rostro del joven, al evocar la expresión del policía en determinado momento—. Luego, quiso saber en qué me basaba para tan audaz afirmación.

—¿Y en qué te basas, querido sobrino? —mostró también Nathaniel Hastings su perplejidad más absoluta.

—En lo que me contaron los tipos con quienes bebí cerveza esta mañana en el *pub* inmediato al teatrillo. Fueron chismorreos sin importancia, pero tomé buena nota de todos ellos. Según pude averiguar, Damon Hawkins, director del espectáculo y empresario del mismo a la vez, era un antiguo artista de circo que quedó inválido por culpa de un accidente, al caer del trapecio. Mal curado por un matasanos, su lesión le dejó incapacitado para seguir trabajando. Cojea pronunciadamente y lleva el brazo izquierdo rígido y casi inmovilizado. Odia a los médicos, me consta.

—Sigue, por favor.

—Guy Lafarge sufrió un día el ataque de un tigre de Bengala en un gran espectáculo circense. Es un francés que adoraba su físico hermoso y atractivo. Las zarpas de su tigre no le dejaron demasiado bien tras el

ataque del animal, a quien hubo que matar a tiros para evitar que destrozase a su domador. Salió con vida, pero su rostro quedó desfigurado horriblemente, y ahora actúa con un ancho antifaz de lentejuelas que cubre su deformada cara. Perdió dos dedos de su mano derecha, y ya no se atrevió a cerrarse nunca más con una fiera dentro de una jaula. Ahora amaestra monos, que es bastante menos peligrosos. El cree que, de haberlo querido realmente, los médicos le hubiesen podido devolver su perdida belleza. Culpa de su desgracia a la indiferencia médica por sus lesiones faciales.

—¿Y el tercer caso… el enano?

—Es un húngaro pequeño y deforme, una especie de simio humano de sorprendente fealdad, pero que divierte mucho a la gente, según parece. No sufre complejo alguno por ser enano, sino por su deformidad de piernas y brazos, que le hacen parecer un mono. Su madre murió al dar a luz, y él nació con deformaciones congénitas que le hicieron odiar siempre a los doctores, hasta el punto de haber agredido a veces a alguno, cuando bebe demasiado. Esos son los tres «angelitos» del *Old Circus*, capaces de matar a esas mujeres con un solo objetivo: vengarse indirectamente de los médicos, hacerles sufrir sin matarles a ellos, sino arrebatándoles a su hija o novia, o inculpándoles de un crimen no cometido. Sólo esa clase de venganza justificaría el odio con que ataca a sus víctimas el asesino, y la rara coincidencia de que siempre haya un médico por medio…

—Es una leona fantástica, sobrino —resopló su tío, desplomándose en su butaca con asombro—. Pero dudo de que la policía sea capaz de compartirla. Suena demasiado irreal, como un folletín…

—Tienes toda la razón del mundo, tío —se lamentó Wade, encogiéndose de hombros con gesto abatido—. El superintendente ha prometido tomar buena nota de todo ello y vigilar el teatro *Old Circus* de modo disimulado. Pero creo que no le concedió demasiado crédito a mí exposición de los hechos.

—¿Tú si piensas seriamente en esa teoría, Wade?

—Rotundamente, sí —afirmó el joven con expresión severa.

—¿Y qué piensas hacer? Ya cumpliste con tu deber yendo a Scotland Yard a exponer lo que crees. Es asunto de ellos, a fin de cuentas.

—Es asunto de todos. Tú eres médico, lío. Y no me gusta que alguien se considere Némesis justiciero con colegas tuyos ni con personas alguna. Esta noche veré, el espectáculo. Tal vez se me ocurra algo.

—¿Por qué vas a ir allí? —se inquietó Nathaniel Hastings—. Puede ser peligroso, Wade. Recuerda que, precisamente, tú tienes un tío que es médico. Si estás en lo cierto y el criminal descubre ese detalle…

podrías verte en una posición amenazadora.

—Por el momento, el asesino sólo ha elegido mujeres como víctimas —sonrió Wade—.

Y yo sólo seré un espectador más en el teatro…

—Imagina que te hubiera visto anoche en el Pavillion. Podría recelar de ti.

—Es una posibilidad digna de tener en cuenta, tío —aceptó Wade —. Pero insisto en que no voy a dedicarme a la caza del asesino. Como tú dices, ésa es misión de la policía. Yo me limitaré a ver a esos hombres, a estudiarlos cuanto me sea posible, ya que ocuparé un asiento de la primera fila…

—Aun así, ten cuidado —la preocupación ensombreció el rostro del médico—. No sé por qué, no me gusta esa idea tuya de ir al viejo teatro…

—Tonterías, tío Nathaniel —sonrió el joven ampliamente, poniéndose en pie—. Nos veremos después de la representación, en casa. No temas nada. Estaré en guardia. Además, he adquirido un revólver, por si acaso. Te prometo no desprenderme de él en ningún momento. ¿Más tranquilo?

—Quisiera estarlo. Pero no puedo, Wade.

Capítulo VI

A las diez en punto comenzó el espectáculo.

Wade Hastings miró en derredor, a la platea en penumbras. Era desolador ver la escasa asistencia al viejo teatro de Soho. No sobrepasaría el centenar de espectadores, dispersos por las siete u ocho primeras filas. El aire en el vetusto local resultaba gélido. La niebla del exterior parecía filtrarse hasta allí y calar hasta los huesos.

Se levantó el telón, a los acordes de la charanga de unos cuantos músicos viejos, con levitas rojas deslucidas, perdidos en un foso que circundaba una pasarela, y comenzó el desfile de atracciones, tan lamentable como digno de aquel escaso y triste público.

Bailarinas de ropas ajadas, muchas de ellas demasiado metidas en carne para danzar en un escenario o para resultar atractivas a los espectadores, artistas pasados de moda, cómicos sin excesiva gracia y payasos torpes y desangelados, iban conformando la primera parte del lamentable desfile, presentado por un hombre de mejillas enrojecidas, pelo color panocha y pequeños ojos azules, embutido en un uniforme digno de opereta, sin apenas moverse de un lado de la escena, entre número y número, para no hacer más evidente la cojera de su rígida pierna izquierda y la inmovilidad casi absoluta de su brazo del mismo lado.

«Desmond Hawkins, empresario y director del espectáculo», se dijo Wade para sí, observando al individuo atenta mente; juzgó que no tendría más allá de cuarenta años, aunque se le veía envejecido y algo adiposo, no se sabía si por la inmovilidad de su figura o por el alcohol que daba tono más rojo a sus mofletes.

Era el primer sospechoso, pero resultaba difícil imaginarlo caminando deprisa y con agilidad suficiente para masacrar a una mujer joven, a menos que gran parte de su invalidez fuese fingida.

Poco más tarde, apareció el segundo sospechoso en escena. Wade consultó su reloj de bolsillo, cuando el vozarrón de Desmond Hawkins anunció la presencia del «fabuloso y enigmático domador del antifaz rojo, Guy Lafarge», con su corte de monos amaestrados.

Apareció en escena un hombre ágil, musculoso y todavía joven, de cabello rubio ensortijado, vestido con un deslumbrante trajo, blanco y un gran antifaz rojo de lentejuelas, centelleando sobre su rostro. Un grupo de pequeños simios vestidos como personas, apareció en escena. Sus gracias y trucos arrancaron las primeras risas y aplausos de la noche.

«Tiene clase —dijo Wade para sí—. Debió ser un buen domador. Y un tipo atractivo para las mujeres, sin duda. Su figura es la de un joven atleta aún. Lástima de su rostro…

¿Qué ocultará ese antifaz, realmente?»

Wade contempló a los monas, todos ellos ágiles y pequeños, endiabladamente listos y bien entrenados por el francés. Desaparecían entre las bambalinas, escalando las cuerdas del decorado o la embocadura del teatro, con una rapidez endiablada. Al final del número, Lafarge metió a tres de ellos en una pequeña caja de madera lacada. Wade se sorprendió de la facilidad de contorsión de los simios. Y antes del descanso llegó un número fuerte: «la amazona del cielo y su bufón», como recitó grandilocuente el empresario.

Wade se llevó la primera sorpresa de la noche.

El «bufón» era Miklos Farkas, un feísimo enano de deformes piernas y brazos, capaz de competir en fealdad y agilidad con los monos amaestrados de Guy Lafarge.

Pero Miklos no actuaba solo. En el número, una especie de bellísima y deslumbrante aparición, dejó estupefacto a Wade y pareció impresionar muy gratamente a los demás espectadores, que arrancaron los aplausos con saltitos simiescos, pero no iban dirigidos a él, sino a su bellísima y joven compañera, la llamada «amazona del cielo» por Desmond Hawkins y su prosopopéyica forma de calificar.

Era realmente una criatura capaz de maravillar a cualquiera, ágil, delicada, muy joven y hermosa, de cabellos suavemente dorados, grandes ojos verdes, óvalo suave y nacarado por rostro, con el rojo carnoso de su boca y la brevedad de su nariz. Las piernas eran perfectas, enfundadas en mallas blancas, y su cuerpo todo podía evocar la arrogancia y armonía del cisne al deslizarse por el cristal acuoso de un lago.

Rápido, Wade miró en su programa, tratando de saber quién era la adorable muchacha que se subía ágilmente a un trapecio, comenzando su número a las acordes de la música, un vals vienés, mientras en contraste, el monstruoso enano Miklos Farkas hacia sus graciosas piruetas debajo de ella, en el propio escenario.

—Hazel Wilson —leyó en otro punto de la hoja impresa—. «Bellísima acróbata, reina del trapecio».

Contempló admirado sus evoluciones y alardes en lo alto del escenario, aplaudiendo con calor por primera vez. Los demás espectadores también mostraron entusiasmo, como despertando de un letargo. Aquella muchacha tenía ángel, encanto, sugestión sobre la audiencia. Algo de que carecían casi todos los demás.

La armonía y gracia de la joven trapecista, le hizo distraer se en exceso del enano húngaro. De pronto, Wade tuvo la extraña impresión

de ser observado por alguien y su mirada se desvió de la escultural figura de la muchacha, para buscar esa mirada que intuía fija en él.

Era el enano. Miklos acababa de dar una cabriola sobre la orquesta, cayendo justamente delante de él, en la pasarela. Estaba de cuclillas, contemplándole con fijeza, muy cerca de él, con una rara malignidad, mientras su deforme boca sonreía de forma grotesca, exhibiendo su dentadura amarillenta y desigual.

—Eh, amigo, no esté tan fascinado por el ángel del trapecio —rió soezmente, haciendo chascar sus gruesos dedos delante de Wade antes de alejarse con oirá cabriola—. Sé que ella es la bella y yo la bestia, pero no es para tanto, caramba…

Despenó risas en el público, pero Wade fue incapaz de sonreír. No le había hecho gracia la broma del enano. Ni le había gustado su modo de mirarle. Era como si, instintivamente, ambos hubieran sabido que eran enemigos irreconciliables, sin motivo aparente para ello.

Volvió su atención a la hermosa doncella del trapecio, desinteresándose de Miklos, el enano. No podía evitarlo. Aquella joven le fascinaba, como dijera el pequeño ser simiesco. Su belleza y su agilidad poseían algo hipnótico.

Cuando ella hubo terminado, entre ovaciones, el enano subió al trapecio, haciendo algunas gracias muy jaleadas por los espectadores. Wade se limitó a dar unas pocas palmadas, tras haber ovacionado a la muchacha con calor. Cuando caía el telón, entre los acordes de una marcha militar, observó que el enano, desde el trapecio, volvía a mirarle fija, malignamente…

La cortina azul se cerró. Se encendieron las lámparas de gas de la sala. Wade miró su reloj, camino de la salida: había transcurrido justamente una hora. Eran las ocho en punto. La hora en que fue muerta, aproximadamente, la ramera Deborah Jones en el Hotel Royal.

Wade Hastings abandonó el teatro, recogiendo la contraseña del entreacto de manos de un portero. Echó a andar con rapidez hacia un punto determinado. Sus largas zancadas en la niebla le condujeron con celeridad calle adelante, cruzó una plaza desierta, dejó atrás la zona más iluminada de Soho.

Finalmente, se detuvo ante los globos de gas de un edificio. El Hotel Royal. Miró su reloj. Cuatro minutos, exactamente. Dejó transcurrir tres sin moverse. Luego, guardó el reloj y reanudó la marcha, de regreso al teatro. La comprobación, por el momento, era exacta. Su teoría se confirmaba, al menos en ese punto.

Dobló una esquina oscura. Lejos, una farola brillaba macilenta en la niebla. Esta se había espesado considerablemente en la última hora. Algunos peatones con los que se cruzó eran simples sombras

dibujándose en la densa bruma gris y pesada.

De súbito, unas pisadas sordas sonaron rápidas a su espalda. Wade presintió algo malo. Se volvió en redondo, buscando con su mano derecha la culata del revólver en su levita.

El lejano farol se reflejó con un siniestro destello en una hoja de acero que descendía hacia una persona. Wade pegó un instintivo salto atrás, mientras jirones de bruma sucia se enroscaban en torno a una figura grotesca, deforme, agazapada, como un simio… o un enano. También podía ser una persona contrahecha, pero esa idea apenas si pasó por la mente confusa de Wade Hastings, ante lo sorprendente del ataque en la niebla.

Por fortuna, su brinco atrás fue providencial. Notó cómo la afilada punta del arma rasgaba la manga de su macferlán y llegaba a su brazo a través de la levita. Algo doloroso surcó su brazo. Creyó notar una repentina humedad deslizándose por su piel, hasta la mano. Un repentino calambre lacerante le sacudió el brazo, y supo que estaba herido.

Masculló algo entre dientes, logrando extraer su revólver. Apuntó a la bruma viscosa y con olor a sulfuro, pronunciando unas palabras mientras lo amartillaba:

—¡Atrás o disparo, maldita sea!

Un gruñido ronco le llegó dé la espesa cortina de brumas. El cuchillo describió otro centelleo en medio de aquel vapor que parecía fluir desde el mismo infierno, para envolver en su helado sudario a los transeúntes de la noche londinense.

De nuevo Wade se echó atrás y muy a tiempo, a la vez que apretaba el gatillo, ya sin la menor contemplación.

El revólver llameó, tronando con aspereza en la oscuridad. Un grito ronco, no supo si de temor o de ira, le llegó desde la niebla que envolvía a su anónimo enemigo. Pasó la hoja de acero silbando junto a sus cabellos. Tan próxima, que se llevó por delante el sombrero gris de copa alta, al rozar violentamente el ala del mismo. Oyó el maullido metálico del metal afilado, al golpear una verja situada tras de él. Luego el arma tintineó en el húmedo asfalto negro, mientras unas pisadas rápidas se alejaban de él, hasta sepultar en la masa de bruma al misterioso agresor.

Pensó en correr tras de él, pero se detuvo, con una crispación dolorosa al emprender la persecución. Se miró la mano. La claridad de la farola reveló la sangre goteando entre sus dedos, procedente del brazo.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una bronca voz amenazadora.

Y la sombra inconfundible de un *policeman* emergió de las sombras neblinosas, irguiéndose ante el joven escritor. Wade resopló,

apoyándose en una pared de ladrillo y mostrando su brazo dañado.

—Me han herido, «gente. Creo que era un merodeador nocturno. Por ahí debe andar el cuchillo con el que me atacó… Tuve que disparar para ahuyentarlo.

* * *

El telón cayó definitivamente.

Los escasos espectadores aplaudieron con desgana. Y comenzaron a salir del viejo teatro, mientras las luces de gas del escenario se iban extinguiendo.

Wade Hastings se incorporó con un suspiro. Le dolía el brazo, pese a la cura de urgencia que le practicaron en el cuartelillo de policía. Había insistido en marcharse por su propio pie tras declarar ante el agente de servicio y llegó a tiempo de ver nuevamente al domador Guy Lafarge, con sus monos amaestrados y su espectacular antifaz de lentejuelas rojas, así como a la hermosa muchacha del trapecio, Hazel Wilson, con su feo partenaire, el enano Miklos Farkas. En esta ocasión, el enano solamente miró hacia él en una ocasión, pero no captó emoción alguna en su rostro al advertir que el joven espectador de la primera fila lucía un brazo en cabestrillo que no había existido durante la primera parte del espectáculo.

Eso le impidió aplaudir como deseaba, pero tuvo la atención más fija que nunca en Lafarge y sus simios, así como en el inválido Damon Hawkins y en el repulsivo enano húngaro. Solamente los verdes ojos de la joven acróbata revelaron cierta sorpresa al ver el vendaje de su brazo. Quizás le recordaba de la primera parte, sin aquellas telas sujetando su brazo izquierdo. Al hacer mutis, antes del apoteosis final, Wade supo que la verde mirada de la trapecista estaba fija en él…

Eso le animó a visitar el escenario, no sin antes adquirir un ramo de flores de una vieja florista que voceaba su mercancía a las puertas del *Old Circus*. Preguntó por ella al propio Damon Hawkins que, en mangas de camisa, sudoroso, con sus rojos cabellos revueltos, daba órdenes para la recogí da de los decorados y los útiles de trabajo de sus artistas.

—¿La señorita Wilson? —el director-empresario miró el ramo y señaló con desgana hacia el fondo del escenario—. Primera planta, segundo camerino. Después del que ocupa el señor Lafarge, el domador. No acostumbra a recibir visitas, pero usted parece todo un caballero.

Wade sonrió sin responder. Evocó a los demás espectadores del teatrillo y convino con Hawkins en ese punto. No parecían gente capaz de ir a obsequiar con flores a una artista.

Llamar en la puerta rotulada con el nombre de Hazel Wilson le trajo malos recuerdos. Rememoró la noche anterior, en el Palladium, ante el camerino de Sue McCarthy. Tuvo un leve estremecimiento y miró a ambos lados del corredor.

Adelante —invitó una voz femenina desde el interior del camerino, evaporando sus temores instintivos—. ¿Es usted, señor Hawkins?

—No —dijo Wade, haciendo girar el pomo de la puerta—. Soy un admirador suyo, señorita Wilson. Wade Hastings, a sus pies…

Al tiempo que entraba en el camerino de la joven trapecista, observó que el camerino inmediato se entreabría, y un rostro enmascarado de lentejuelas rojas asomaba cautelosamente por la rendija, cerrando presuroso al verse descubierto por el visitante.

Una vez dentro del camerino, Wade se detuvo, con cierta sensación de desagrado. La rubia ninfa del trapecio no estaba sola en su camerino. El inevitable y deforme Miklos la acompañaba. Estaba haciendo una cabriola en ese momento. Al ver entrar a Wade, se detuvo, puesto en pie, y le miró con cara de pocos amigos.

—Oh, le he visto en el público —sonrió dulce, ingenuamente, la muchacha trapecista— ¿Qué le ha ocurrido en el brazo? Me pareció verlo normal en la primera parte…

—Su interés por mi persona me halaga —sonrió Wade—. Sufrí una caída en el descanso. Tuvo que asistirme un médico. Ah, estas flores son para usted, señorita Wilson.

De soslayo había observado al enano al mencionar el supuesto accidente y, sobre todo, la palabra «médico». Creyó advertir un destello de odio y de recelo en los ojos algo bizcos del enano. Pero eso fue todo.

—Oh, son preciosas… —se entusiasmó la muchacha, recogiendo el ramo y oliéndolo con deleite—. Le estoy muy agradecida, señor Hastings.

—Hubiera querido encontrar algo mejor, pero la florista no tenía demasiado surtido. Usted se merece mucho más, créame. Es realmente maravillosa. Como mujer y como artista.

—Me halaga en exceso, créame —suspiró la trapecista—. No acostumbro a recibir obsequios así en mi trabajo, palabra. No sé si habrá comprobado que nuestro público no es precisamente muy selecto… Estamos en Soho, en un teatro de poca categoría, y no se les puede exigir demasiado. Por eso me siento más feliz ante un presente como el suyo.

—Yo me marcho, Hazel —dijo con voz sorda, de leve acento extranjero, el enano Miklos—. Tengo que desmaquillarme y cambiarme aún… Te dejo con tu admirador. A mí no me gustan las flores.

Se retiró, con una huraña mirada a Wade. Ella sonrió, al cerrarse la puerta tras el deforme personaje. Movió la cabeza, mientras ponía las flores en un jarrón.

—A Miklos no le cae usted simpático —comentó divertida—. *Es* muy celoso.

—Entiendo. ¿Está enamorado de usted?

—Eso dicen los demás, pero él no me molesta nunca ni me dice nada. Tal vez se repita la eterna historia de la bella y la bestia. Sin embargo, Miklos es un buen chico.

—Es posible, pero él tampoco cae demasiado simpático a los demás… —Wade hizo un gesto expresivo al ver a la artista sentarse ante su tocador—. Bien, no la molesto más, señorita Wilson. Si tiene que cambiarse, yo… me marcharé también.

—No, no, por favor. Puede quedarse —señaló un biombo al fondo del camerino—. Puedo cambiarme ahí mismo. Usted parece lodo un caballero, señor Hastings.

—Es curioso. Lo mismo dijo su empresario.

—¿Damon Hawkins? —ella se encogió de hombros—. Debe sentirse muy extrañado con ver a un caballero entre el público, la verdad. Creo que ya ni recuerda lo que es eso. Desde que dejó de ser artista, sólo monta espectáculos baratos. Este no es una excepción, por desgracia.

—Pero está usted en él. Y usted sí lo significa todo, señorita Wilson. ¿Por qué no intenta presentarse en un espectáculo de mayor categoría?

—No es tan fácil como supone —ella comenzó a desmaquillarse con lentitud—. Acabo de comenzar en esto. No tengo familia. Y Hawkins me hizo firmar un contrato por tres años al verme actuar a prueba. Estoy sujeta a él por ese compromiso, me guste o no. Quizás pueda traspasarme a otra empresa, a cambio de una suma importante. O quizás se niegue, por simple orgullo. Es un hombre amargado y resentido con la gente. Nunca se sabe lo que piensa ni cómo va a actuar. De momento, debo conformarme con esto, señor Hastings.

—Sí, entiendo —Wade frunció el ceño—. Supongo que a veces no hay otro remedio. Usted por su juventud y por ese contrato, el domador Lafarge por su estado actual…

—¿Lo sabía? —ella le miró sorprendida a través del espejo, dejando de quitarse el maquillaje de los pómulos.

—De niño vi una vez a Lafarge con sus tigres —asintió fríamente Wade—. Sé lo que le pasó un día con uno de ellos, precisamente su favorito.

—Sí, fue algo horrible —ella pestañeó, moviendo la cabeza tristemente—. Desde entonces, nunca ha salido al escenario sin

máscara. Pobre Guy…

—Supongo que no llevará ese ridículo antifaz rojo fuera de la escena…

—En efecto. Pero se deja ver poco por la gente que no sea de la profesión. Sale siempre a la calle embozado, y si es otoño o invierno, con bufanda al rostro y el cuello del gabán subido. Siente horror de sí mismo, ésa es la verdad. Y hay motivos para ello.

—¿Usted le ha visto cara a cara?

—Si —la trapecista se estremeció—. Es mejor no hablar de ello, señor Hastings. No es agradable lema de conversación, puede creerme. ¿No le molesta permanecer aquí mientras me visto?

—Por el contrario. Podría invitarla a cenar algo, si aceptase mi invitación.

—¿A estas horas?

—Existen muchos lugares en Londres abiertos hasta la madrugada. Cuando se conocen algunos de ellos, resulta fácil cenar después de la función. ¿Acepta?

—Será una emoción nueva para mí —parecía una niña entusiasmada con una nueva travesura, aunque su rostro se ensombreció de inmediato—. Pero no sé si le gustará al señor Hawkins…

—¿Él también tiene autoridad sobre usted fuera del trabajo?

—Pretende tenerla, aunque el contrato no diga nada de eso. Extendió un seguro de accidentes a su nombre. Si algo me sucede y no puedo actuar, él cobra el seguro. Pero se esfuerza porque no tenga ocasión de dañarme, El me lleva siempre a la pensión donde vivo. Y pasa a recogerme por la tarde, para la primera función…

—Entiendo. Es una especie de tutela autoritaria sobre usted. ¿Nunca se rebeló a ello?

—No, nunca. En todo caso, le pido permiso para alguna cosa y me lo concede de mala gana. Esta noche también tendré que hacerlo.

—Nada le obliga legalmente a ello, recuérdelo.

—Es posible. Pero moralmente, me siento obligada a ciertas cosas.

Como quiera. Me temo, sin embargo, que no va a gustarle lo que le pida.

Wade tuvo razón. Al pelirrojo Damon Hawkins no le gustó nada la petición de su artista. Con una mirada ceñuda a Hastings, tuvo que acceder de mala gana, con voz brusca:

—Está bien. No puedo negarme a ello, Hazel. Pero cuídese lo más posible. Todavía es casi una niña. Espero que usted sepa velar por ella, señor…

—Hastings —dijo Wade, tendiéndole una tarjeta de visita—. Aquí tiene mis señas y mi nombre. Responderé de cualquier daño que la

señorita Wilson pudiera sufrir estando en mi compañía. Pero ella ya no es una niña, como usted dice, sino toda una mujer, señor Hawkins. Y tiene tanto derecho a divertirse sanamente como a trabajar cada día ante su público, porque además de artista, es por encima de todo un ser humano.

Wade sabía que esas palabras tampoco eran del gusto del empresario y director del espectáculo del «Old Circus», pero no vaciló en soltar toda su artillería dialéctica, porque si bien la compañía de una criatura tan deliciosa como la trapecista era un buen pretexto para frecuentar el viejo teatro de variedades del Soho londinense, no menos cierto era que su objetivo fundamental no era cortejar a la joven acróbata, sino seguir buscando en aquel lugar la huella de un feroz asesino que, posiblemente, ya sospechaba de él lo suficiente para haberle atacado aquella misma noche en la niebla, tras compra bar que él había ido caminando hasta el Hotel Royal durante el entreacto del «Circus», tal y como cierta noche hiciera el criminal para acuchillar a una mujer pública llamada Deborah Jones…

Capítulo VII

El doctor Hastings levantó la cabeza de su desayuno, dejó el *Times* a un lado y miró a su sobrino con un suspiro profundo, al tiempo que meneaba negativamente la cabeza.

—No me gusta —dijo secamente, untando en mantequilla su tostada.

—No le gusta, ¿el qué, tío Nathaniel? —preguntó sonriente Wade, sirviéndose dificultosamente el té con leche con su único brazo útil.

—Todo esto. Tu brazo en cabestrillo, tus ojeras, tu expresión de sueño… ¿A qué hora regresaste a dormir anoche?

—Más bien di esta mañana —sonrió cínicamente Wade depositando dos terrones de azúcar en su laza—. Creo que eran alrededor de las cuatro y media.

—¡Las cuatro y media! —se escandalizó el médico—. ¿Dónde estuviste hasta esta hora? Se le ve agotado hoy, sobrino. Creo que el Soho no es sitio adecuado para ti.

—No temas. Abandoné Soho poco después de las doce. Llevé a una encantadora jovencita a cenar algo frío en la City, luego paseamos por las calles desiertas, tomamos una copa de champaña en un club privado de Piccadilly, y luego la reintegré a su casa, en el propio Soho, regresando aquí sin prisa. Fue una noche deliciosa y totalmente honesta, si he de serte sincero. La joven no era una cualquiera, sino una artista.

—¿Del «Old Circus»? —indagó su tío con escepticismo.

—Exacto —Wade intentó en vano poner mermelada en su tostada, y tuvo que ser su tío el que lo hiciera, teniéndole luego dos tostadas embadurnadas en gelatina de fresa—.

Gracias, tío Nathaniel, eres muy amable.

—De nada. Tienes el brazo izquierdo totalmente inútil. ¿Qué te pasó con él?

Wade se lo refirió sin tapujos. El doctor Hastings se irguió, sobresaltado.

—¡Wade! —clamó—. Puede que fuese el propio asesino quien te atacó…

—Es posible —admitió apaciblemente, el joven escritor—. En cuyo caso, estoy en lo cierto. El asesino está en el «Old Circus». Es alguien a quien ya he conocido anoche.

—Pero, ¿quién, Wade? Él te conoce ya a ti. Intentó matarte al ver

que ibas al Hotel Royal, imitando sus pasos de noches atrás. Y tú, en cambio, nada sabes. Pudo ser Guy Lafarge, Damon Hawkins o ese horrible enano, Miklos Farkas.

—O alguien que no era *humano* —apuntó Wade calmoso.

—¿Qué dices? —se extrañó su tío, pegando un respingo.

—Nada. No oí palabra alguna pronunciada en ningún momento por mi agresor. Sólo gruñidos. Era una forma extraña, un ser deforme sin duda. Igual podía ser un enano… que un mono, pongamos por caso.

—*¡Un mono!* —repitió el doctor, perplejo—. ¿Uno de los animales amaestrados de Guy Lafarge, tal vez?

—¿Por qué no? Hacían en el escenario cosas infinitamente más difíciles que acuchillar a una persona indefensa, te lo aseguro.

—Pero en todo caso, hubiera sido Lafarge quien lo enviase…

—Quizás. Pero ¿quién nos dice que un tipo como Damn Hawkins, experto en cosas de circo, no pudo dar la orden a uno de los simios y ser obedecido por éste?

Wade, fuese como fuese, intentaron asesinarte. Te lo dije. No me gusta ese juego que te traes. ¿Quién es la chica con quien saliste anoche?

Una trapecista del «Old Circus», la única criatura bella del espectáculo. Una especie de luz en las tinieblas. Creo que empieza a gustarme. Y yo a ella.

—¿Piensas volver a verla?

—Por supuesto.

—Eso es muy peligroso. No deberías volver más por ese teatro. Ni por Soho.

—Es imposible. He quedado con ella para mañana. No se atreve a volver a desafiar esta misma noche las normas de su empresario y tutor moral,' Damon Hawkins. Ella dice que se rumorea un amor impasible en el alma del enano Miklos. Pero yo me pregunto si, además de ese tipo deforme, no hay otro enamorado de ella: el propio Hawkins, con su falso paternalismo.

—Es posible. ¿Y qué averiguaste del domador Lafarge?

—Poca cosa. Espiaba mi entrada en el camerino de Hazel, eso fue todo.

—Yo te puedo contar algo más sobre Lafarge.

—¿Tú? —le miró Wade con interés—. ¿Qué es ello?

—Lo averigüe ayer, mientras tú preparabas tu estrategia en el «Old Circus». Un amigo mío conoció a Guy Lafarge cuando era el mejor domador de tigres de Europa. ¿Sabes que también era un notable espadachín con florete o sable?

—No, no lo sabía. Sable, ¿eh? Resulta interesante…

—Más interesante te será saber que retó a duelo a un médico cirujano de los que trataron sus gravísimas heridas faciales, acusándole de negligencia y falta de profesionalidad. El dudo tuvo lugar en las afueras de Londres.

—¿Y…? —Wade se inclinó hacia su tío, sumamente intrigado.

—Hirió gravemente al médico. Fue arrestado. Por fortuna, el herido salvó su vida y no presentó acusaciones, limitándose a decir que todo fue un accidente. El caso fue sobreseído. Y Guy Lafarge comenzó a arrastrar su vida profesional en circos y teatros de la peor condición, con una *troupe de* monos amaestrados. Sus famosas conquistas, sus historias amorosas con damas hermosas de la mejor sociedad, pasaron a la historia. Dicen que tras su antifaz de lentejuelas se oculta un rostro monstruoso, abominable, que difícilmente puede contemplarse sin horror.

—Es una interesantísima historia, sin duda alguna. Pero añade más confusión a todo este embrollo siniestro, tío Nathaniel. Sé que el asesino está allí, en ese teatro, pero ¿quién es, exactamente? ¿Cómo entra y sale sin ser visto, cómo puede atravesar puertas herméticamente cerradas y ventanas aseguradas por dentro?

—Evidentemente, no todo se explica con tu teoría del odio a los médicos, Wade. Hay otras facetas misteriosas en el asunto…

—Sí, por supuesto —admitió Wade cansadamente, meneando la cabeza tras apurar su té—. Pero quizás todo se aclare cuando sepamos *quién* es el culpable.

—Quizás… Ah, por cierto, Wade: esta mañana me llamaron por teléfono desde San Bartolomé. El doctor Saint Clair ha sido puesto en libertad y sus cargos retirados por la policía y el fiscal. Al parecer, se ha comprobado su inocencia.

—¿A causa de la autopsia del cadáver de Sue McCarthy?

—Si. El doctor Ashford, el forense, afirma que la misma mano, sin duda alguna, mató a las tres mujeres y, por tanto, el doctor Saint Clair es inocente…

—Lo cual no hace sino añadir más misterio al asunto, porque si él estaba solo con la prostituta en el cuarto del Hotel Royal, y el conserje comprobó que no había nadie en ningún posible escondrijo del mismo… *¿dónde?* estaba el asesino y *cómo* salió de la habitación cerrada?

El doctor Hastings no respondió. No tenía respuesta, evidentemente. Ni Wade tampoco.

* * *

El féretro había sido depositado en el fondo de la fosa. El

reverendo pronunció unas palabras finales y la ceremonia terminó. Comenzaron a tapar la tumba donde reposaba definitivamente Sue McCarthy. Alrededor del lugar donde era sepultada, los acompañantes empezaron a dispersarse. Un hombre canoso, de calva pronunciada y ropas negras, se apartó, ayudado por otras personas. Iba sollozando.

El doctor Ian McCarthy había llegado a Manchester el día antes. Esta era su despedida a la única hija que había tenido. Estaba virtualmente roto.

Wade Hastings se apartó, cubriéndose de nuevo con su sombrero gris de copa alta. El aire era frío y húmedo en el cementerio. Agitó los faldones de su macferlán, como hacía con las prendas de abrigo de los demás. Los límites del camposanto se perdían en una neblina gris y difusa.

A su lado, Coleman Fry, empresario del Teatro Palladium, en compañía de su joven prometida. Sybil Jordan, la estudiante de medicina del *Bart's*, asistían igualmente a la póstuma ceremonia dedicada a la que fuera su brillante actriz teatral. Wade y el joven empresario cambiaron una mirada.

—Y todo sigue igual —manifestó amargamente Fry—. Nada se sabe de su abominable asesino, señor Hastings…

—Lo sé —asintió Wade con voz ronca, moviendo la cabeza—. Un loco homicida anda suelto por Londres. Y nadie es capaz de darle caza… Otras personas pueden peligrar en este momento, sin que nadie pueda velar por su seguridad, señor Fry.

—Yo sólo pensaba en Sue, lo siento —dijo el moreno joven ásperamente—. No se me había ocurrido esa posibilidad que usted apunta. Sigue pareciendo todo tan increíble…

—Hay que aceptar las cosas como son, Coleman —terció Sybil con tono sombrío—. Ya nadie puede devolver la vida a esa pobre muchacha que prometía ser una de las mejores actrices de Inglaterra. Ahora hay que pensar, como dice Wade en posibles y futuras víctimas de ese sádico.

—Lo sé, lo sé, Sybil. —Fry sacudió la cabeza, moviendo sus manos con ampulosidad—. Pero, ¿qué quieres que haga? Mi mundo es el espectáculo, mi vida es el negocio del teatro. Y acabo de perderlo casi todo. El local está cerrado, estoy probando a varias jóvenes actrices para buscar una posible sucesora… ¡Y todo por ese vil criminal que nadie sabe encontrar!

—Oh, Coleman, ¿cómo puedes hablar *aquí,* ante la turaba de esa pobre chica, del negocio y de esas otras cosas? —se lamentó Sybil con cierta acritud—. Es el ser humano el que cuenta. Sue McCarthy era una gran chica, y ahora está muerta. Eso es lo que debe tenerse en cuenta, no tu taquilla ni tus ingresos.

—Lo lamento —Fry hundió sus manos en los bolsillos y echó a andar hacia la salida del cementerio—. Quisiera que me entendieras, Sybil. Pero veo que te es difícil.

Ella le siguió, dirigiendo a Wade una mirada significativa, al tiempo que respondía con tristeza:

—Tú eres un hombre de negocios, Coleman. Y yo voy a ser médico y dedicar mi vida y mi esfuerzo a salvar las vidas ajenas. En ese terreno, es evidente que nunca vais a estar de acuerdo los dos…

Hastings sonrió, viéndolos alejarse entre los árboles y las lápidas. Iba a echar él mismo a andar hacia la salida, cuando una voz apacible le interpeló:

—¿Cómo va su brazo, señor Hastings?

Se volvió. Quedose contemplando al hombre que le hacía la pregunta.

—Vaya, superintendente Howard —saludó—. ¿Usted por aquí?

—A veces asisto a los funerales de las víctimas cuya muerte investigo. Puede ser interesante ver las reacciones ajenas —suspiró el policía con aire indiferente—. No me ha respondido a la pregunta. ¿Anda bien su brazo?

—Mejor que ayer —asintió Wade con una sonrisa—. ¿Ya sabe lo que pasó?

—Me enviaron el informe del cuartelillo de Soho donde fue atendido y declaró usted.

Creo que se habrá dado cuenta de lo peligroso que es dedicarse a policía aficionado.

—Solamente fui a ver una representación teatral, superintendente.

—No le atacaron en el teatro, sino cerca del Hotel Royal. ¿Fue a comprobar su brillante teoría?

—Es posible. Lo cierto es que daba un simple paseo en la niebla cuando fui atacado.

—Y según parece, no pudo identificar a su agresor.

—Eso es.

—¿No será que no quiere colaborar con la policía y ha pensado en ser detective por afición, señor Hastings?

—No, no. Apenas si vi la sombra del que me atacaba. Ya dije que parecía un ser deforme, pero eso es todo. Ni siquiera habló una sola vez, o dejó ver su rostro.

—No me fio de usted —rezongó el superintendente—. Deje de jugar a estas cosas y dedíquese a escribir, que es lo suyo, dejando los crímenes para nosotros, ¿quiere?

—No tengo el menor interés en hacerle sombra, superintendente —rió Wade.

—No puede hacerme sombra usted —se irritó el policía—, Pero si

piensa seguir frecuentando el «Old Circus» a causa de esa bonita joven del trapecio, será mejor que piense en las posibles consecuencias de sus actos. ¿Ha pensado que siendo sobrino de un médico, es probable que el asesino también lo descubra y siga vengándose en la clase médica matándole a usted?

—Es una posibilidad en la que ya he pensado, superintendente. Admiro sus buenos informes sobre mis pasos — admitió el joven con una sonrisa—. Por cierto, ¿ha sacado algo en limpio de este funeral?

—No mucho —admitió Howard malhumorado—. Sólo que me pregunto por qué ese hombre habrá venido a ver sepultar a Sue McCarthy. ¿Usted no, señor Hastings?

Wade miró en la dirección señalada por el oficial de Scotland Yard. Asombrado, descubrió tras un ciprés alto y sombrío al hombre de macferlán oscuro, bufanda al rostro, hasta el borde de sus ojos, y sombrero negro ajustado hasta casi las cejas, que contemplaba fijamente la labor de los sepultureros en el cierre definitivo de la tumba de la actriz. Era un hombre alto, joven y atlético, sin duda.

—Juraría… juraría que *es* el domador Guy Lafarge… —comentó Wade, sorprendido.

—Lo es —afirmó el policía secamente—. ¿Por qué habrá venido aquí hoy?

Wade tuvo que admitir que carecía de respuesta para ese interrogatorio. Cuando abandonó el cementerio, el domador francés continuaba allí, ocultando siempre su rostro, mirando con fijeza la tumba ya cerrada donde yacía Sue McCarthy…

Capítulo VIII

Tiffany Scott fue la cuarta víctima del misterioso monstruo de Solio.

Su cadáver fue encontrado dentro de un carruaje parado en el cruce de las calles Berwick y Noel. Según los informes de los *policemen* que rodearon con rapidez al inmóvil vehículo, apenas escuchados los alaridos de horror y agonía de la víctima, el crimen tuvo lugar a las ocho y diez de la noche, exactamente.

Aquellos gritos alarmaron a un *cockney* ebrio que pasaba por allí, y que comenzó a gritar a su vez, atrayendo a la pareja de patrulla por la zona, situada no muy lejos del lugar del suceso, ya que Scotland Yard había extremado intensamente la vigilancia del barrio desde el tercer asesinato.

El borrachín señaló el vehículo negro y cerrado, pronunciando algunas palabras en su indescriptible jerga, y los agentes emitieron agudos sonidos de silbato llamando a sus compañeros, mientras rodeaban el carruaje, cuyos animales de tiro se agitaban inquietos, como asustados por algo que sucedía en su interior.

Varios hombres del Yard, de paisano, entraron revólver en mano dentro del vehículo y sus lámparas alumbraron el interior, descubriendo el cadáver bañado en sangre de una joven de cabello oscuro y aspecto elegante, acurrucada en un asiento del carruaje. Como en casos anteriores, le habían seccionado el cuello brutalmente, ensañándose luego a cubrir su cuerpo de profundos cortes. Y, como en todos los crímenes previos, nadie parecía haber cometido el hecho.

El coche trágico estaba vacío, el cockney juraba y perjuraba que nadie lo había abandonado mientras él permanecía allí y, posteriormente, un joven transeúnte que se aproximó al lugar del suceso, confirmó esa declaración, afirmando que ella estaba en la acera al sonar los gritos y no le fue posible ver a nadie. Ambos testigos fueron atendidos, se anotó su nombre, y se les dijo que serían avisados para prestar declaración al otro día en el Yard.

De nuevo la policía londinense se enfrentaba a un misterio aparentemente insoluble: una cuarta mujer era víctima del sádico criminal, sin que les fuera posible dar con una sola pista del culpable, ni tan siquiera de su modo de desvanecerse en la nada.

El superintendente Howard pronto supo que el móvil señalado por la teoría del joven Hastings se ajustaba matemáticamente a este caso. Tiffany Scott era la esposa del doctor Neil Scott, un prestigioso médico

de Harley Street. Los motivos de su presencia en Soho no estaban nada claros, puesto que la difunta era una dama de la mejor sociedad, y el carruaje se comprobó que había sido robado a un cochero en el propio barrio de Soho, cosa de una hora y media antes.

El lugar del robo distaba justamente una manzana del «Old Circus». Y el del crimen no estaba, más allá de tres minutos de paseo desde el viejo teatro de variedades. El superintendente resolvió llamar a Wade Hastings a su presencia para cambiar impresionen. Empezaba a sentir cierto respeto por la teoría del sobrino del doctor Hastings.

Cuando Wade se enteró por el policía de los detalles del trágico suceso, hizo un rápido cálculo y asintió, sombrío.

—Todo coincide, superintendente —afirmó rotundo.

—¿Qué es lo que coincide?

Las horas y las distancias. El coche fue robado *antes* de la hora de comenzar la segunda parte del espectáculo. Es decir, en el entreacto, a sólo una manzana del teatro. El ladrón pudo ocultar ese vehículo robado en cualquier patio de las viviendas interiores de los pasajes de vecindad cercanos al «Old Circus[4]». Y una vez terminada la representación de tarde, a las ocho, vuelve a salir, recoge el coche y va en busca de su víctima. Sabe dónde va a estar a esa hora, la hace subir al carruaje con cualquier pretexto, y allí la asesina fríamente.

—¿Desapareciendo luego por arte de magia? —sugirió el policía, sarcástico.

—No, eso no —negó Wade—. Eso es lo que *parece*. Creo que la realidad es muy otra, superintendente. Y también tengo una teoría sobre eso.

—¿Cuál?

—Es lástima que me hayan llamado pasado tanto tiempo de ocurrir todo. Si llegan a hacerlo cuando hallaron el cuerpo, sin abandonar un momento la vigilancia del coche del crimen ni descuidar el más mínimo detalle… es posible que el asesino estuviese ahora entre rejas, señor.

—¿Cómo puede decir eso? —se irritó el superintendente Howard —. Mis hombres no son tontos, Hastings. Y revisaron todo a fondo. Un carruaje no tiene escondites. Lo examinaron con atención. No había nadie debajo del mismo, ni en su techo o su pescante.

—No, no. Estoy seguro de que el asesino estaba *dentro* cuando ustedes revisaron el vehículo.

—¡Imposible! —rechazó el policía airadamente—. No tiene escondrijos un carruaje vulgar, usted lo sabe.

—No tiene escondrijo para usted o para mí, o para cualquier otro ser normal. Pero estamos ante un asesino que *no es* normal, compréndalo. Mi teoría es que en todos los asesinatos, el criminal

estaba presente cuando fue hallado el cadáver.

—Eso es un disparate. El padre de la modistilla halló a su hija asesinada en el dormitorio. Lo revisó todo como enloquecido. No había nadie. La prostituta murió dentro del cerrado cuarto del hotel, en compañía del doctor Saint Clair que, al parecer, fue atacado por alguien antes de cometerse el crimen. El conserje derribó la puerta, miró armario y todo escondrijo posible, incluso debajo de la cama. No había persona alguna. Usted mismo encontró muerta a Sue McCarthy. ¿Y halló a alguien en el camerino cerrado, por cuya única salida había podido escapar, según el conserje de la puerta que daba a la platea?

—No, a nadie —admitió Wade con un suspiro, moviendo negativamente la cabeza—. Y nunca me lo perdonaré. Pero es que entonces desconocía la vecindad del «Old Circus» y su extraña gente circense. De otro mudo, hubiese hallado al criminal.

—¿Insiste en que *también* esa ve/ estaba allí, delante de sus propias narices?

—Sí, creo que si —afirmó el joven. En el único lugar que no registré.

—¿Cuál?

Debajo del tocador, cubierto por una cretona hasta el suelo.

El asombro se pintó en el rostro del superintendente, que miró con incredulidad al joven escritor. Rechazó con tono desabrido:

—¡Pero eso no tiene sentido, Hastings! Ese tocador es muy pequeñín el hueco insignificante…

—Lo sé. También tendría un hueco insignificante la otomana del Hotel Royal, pongamos por caso, debajo de su tapa o asiento. Un lugar donde a nadie se le ocurriría buscar otra cosa que ropa sucia o algún objeto escondido, pero nunca a una persona.

—Una otomana… un tocador estrecho… Pero ¿qué clase de persona se podría ocultar en semejantes lugares?

—La misma que se ocultaría *debajo del asiento* de un carruaje de caballos como el robado anoche en Soho. Ya sabemos lo estrecho de ese hueco, donde no cabe una persona normal, ni apenas un niño. Pero donde si cabía el asesino, que permaneció allí hasta que la vigilancia en torno al carruaje se hizo menos intensa y pudo escabullirse en la niebla, sin ser advenido.

—¿Se refiere a… *a un enano*?

—O a un mono —asintió Wade fríamente, cruzándose de piernas —. Pero además de eso, nuestro asesino, hombre o mono, tiene que ser algo más pequeño y ágil. Posiblemente un experto y ágil contorsionista, capaz de ocupar un mínimo sitio retorciendo su cuerpo a placer, ¿comprende, superintendente?

—Dios mío… Era eso — perplejo, se puso en pie, paseando como

una fiera enjaulada—. ¡En todos los casos teníamos ante nosotros al asesino, sin darnos cuenta, y se nos escapaba de entre las manos apenas se había descuidado la vigilancia de una habitación cerrada que se suponía vacía!

—Exacto, superintendente. Imagino que la joven modistilla tenía ya oculto a su asesino dentro del dormitorio, cuando lo cerró con llave. Había allí un pequeño sofá hueco, con el asiento sobre el mismo, según creo recordar por la descripción del escenario del crimen. Un sitio donde apenas hubiese cabido un gatito o un perro de pequeño tamaño. Pues bien, *ahí* debió hallarse el extraño criminal que nos ocupa, señor.

—En todas las ocasiones se burló de nosotros, pudo escapar luego… Pero sea un mono amaestrado o un enano, tenía que elegir previamente a sus víctimas y estudiar en el terreno cuidadosamente.

—Sin duda lo hacía. Los crímenes estaban bien medidos. Es posible que el doctor Saint Clair hubiese ido otras veces al hotel con alguna mujer pública, o que hubiese abandonado la representación del «Old Circus» para echar una cana al aire. Él asesino le seguía y, una vez sabido adónde se dirigían, se anticipaba a sus movimientos. No olvide que el cerebro de estos crímenes es el de alguien muy familiarizado con Soho y se mueve por él como pez en el agua. La propia Tiffany Scott, esposa de un famoso médico, mujer elegante y casi aristocrática, estaba en Soho por alguna razón que el asesino conocía bien. Es posible que la dama no se conformase con su esposo y tuviera alguna aventura clandestina en Soho. Eso lo sabía el criminal, que eligió cuidadosamente la hora y el lugar de su nuevo crimen. Como en todas las ocasiones anteriores, para vengarse en la clase médica, auténtica víctima constante de todos los sucesos sangrientos que están teniendo lugar.

Me ha convencido usted, Hastings. Por tanto… el asesino sólo puede ser uno de estos dos hombres: el domador Guy Lafarge, que envía a su mono asesino a ejecutar los crímenes… o el enano Miklos Farkas.

—Es posible, porque Damon Hawkins no parece capaz de contorsionarse hasta el punto de ocupar tan poco espacio, y menos si su invalidez parcial es cierta.

—De todos modos, tampoco desecharemos esa posibilidad —masculló el policía—. ¿Va a ir usted pronto por el «Old Circus» a ver a su dama?

—Sí. Esta noche.

—¿Hoy? —pestañeó el policía—. ¿Se atreverá a tanto?

—Tengo una cita con ella —sonrió Wade—. No pienso faltar.

—¿Es sólo su interés de hombre hacia una chica lo que le lleva allí

otra vez?

—En parte, sí. Hazel Wilson es una muchacha maravillosa, superintendente. Pero usted sabe que se pueden matar dos pájaros de un tiro. Al mismo tiempo, puedo vigilar a los demás muy de cerca, observar sus reacciones, y esperar a ver si comete alguien algún error.

—Recuerde que anteanoche, el único que cometió un error fue usted, y estuvo a punto de ser la cuarta víctima del asesino —le señaló el brazo en cabestrillo todavía.

—No siempre se puede ganar —suspiró el joven, poniéndose en píe —. Espero que la próxima vez, el error lo cometa mi misterioso adversario, superintendente.

—Tenga mucho, cuidado, Hastings. Me preocupa usted. Tengo muchos hombres rondando por allí, pero llegado el caso podrían no bastar, con un asesino tan escurridizo y astuto.

—No tema. Me cuidaré en todo momento. Después de todo, aprecio mi vida más que ninguna otra persona podría hacerlo.

* * *

Wade se sintió molesto esa noche, cuando ocupó su asiento en la primera fila del viejo teatro. No estaba solo, como había previsto. Desde un palco, le saludó irónicamente su tío, el doctor Nathaniel Hastings. Iba acompañado de dos jóvenes que también conocía muy bien: Coleman Fry, empresario del Palladium y su prometida, Sybil Jordan, la estudiante de Medicina del Bart's. Saludó a los tres con gesto de circunstancias, procurando ocultar su contrariedad.

—No debieron venir —se lamentó—. Tío Nathaniel está preocupado por mí, pero puede complicar las cosas con su presencia, si alguien aquí descubre que él es médico…

La representación transcurrió normalmente, con su escasa calidad habitual y la frialdad de los espectadores que salpicaban tristemente la platea. Hazel le sonrió repetidamente desde el escenario, mientras actuaba en el trapecio. Wade le devolvió esas sonrisas, mientras captaba ceñudas expresiones en el enano Miklos. Una de las veces, Wade estuvo seguro de que los ojos del enano se fijaban extrañamente en el palco de su tío y de la joven pareja. Se removió incómodo en su asiento.

También Guy Lafarge, el domador del espectacular antifaz rojo, clavó su mirada en varias ocasiones en el palco de su tío, e incluso hizo un movimiento de cabeza, saludando a alguien. Wade notó quien respondía a ese saludo, y no se sorprendió. Era Coleman Fry, el que fuera empresario de Sue

McCarthy. Sin duda Lafarge le conocía personalmente, como debió

conocer a Sue, para asistir a su funeral.

Cayó el telón del entreacto. Su tío y la pareja se incorporaron. Wade no les hizo caso, pese a que notó señas en el doctor Hastings para que se reuniera con ellos en el bar del vestíbulo. En vez de eso, Wade se encaminó al pasillo circular de la platea, que comunicaba con el escenario. Desde allí, miró a la puerta de éste, donde un empleado montaba guardia, si bien nadie tenía la ocurrencia de ir a visitar a los artistas. El público del «Old Circus» no sentía el suficiente entusiasmo por ninguno de los artistas, salvando acaso el encanto personal de la bella Ha/.el, como para manifestar su admiración a nadie.

Wade encendió un cigarrillo, mientras paseaba, preguntándose por qué diablos su tío tuvo que venir esa noche a ver la representación. Estaba pensando en ello, cuando vio a lo lejos a Nathaniel Hastings, viniendo hacia él desde el vestíbulo.

—Oh, no —se lamentó—. ¿Por qué diablos está tan preocupado por mí, pobre tío Nathaniel? Puedo arreglármelas yo solo…

Antes de que su familiar se reuniera con él, sonó el terrible grito en alguna parle. Wade palideció, arrojando el cigarrillo al suelo. Un escalofrío sacudió todo su ser, y un grito ronco escapó de sus labios, mientras se volvía hacia la puerta del escenario.

—¡Oh, no! —rugió—. ¡Hazel!…

El grito se repetía, ronco y lleno de horror, mientras él corría ya, a la desesperada, en dirección al escenario. Apartó de un empellón al empleado y subió las escaleras de tres en tres, en sólo dos zancadas, cargando violentamente contra la puerta del camerino de Hazel Wilson, la adorable estrella del trapecio.

No se molestó en llamar, porque ya había tenido una espantosa experiencia noches atrás en el Teatro Palladium. Se limitó a hundir la frágil puerta con su hombro, violentamente, penetrando en el camerino a través de las astillas de la misma, cuyo estruendo ahogó un tercer grito de angustia y dolor de su joven amiga.

Lo hizo muy a tiempo. Su mano derecha esgrimía ya el revólver, extraído con celeridad de su bolsillo de la levita. Ante él, la sangre volvía a ser el *leit motiv* de una estremecedora escena.

Hazel yacía encogida contra su locador, los tarros de maquillaje y crema por el suelo, la silla volcada… La sangre empapaba su nítido vestido blanco de acróbata, los ojos se dilataban por el horror, más verdes a inocentes que nunca, y dos profundos corles aparecían sobre su hombro y brazo izquierdos, no lejos del corazón ni de la garganta, chorreando sangre en abundancia.

La joven trapecista se tambaleaba, lívida de horror, y frente a ella, una bestia humana, de rostro contraído, rugió salvajemente al ver aparecer a Wade, enarbolando un corto sable en su mano. La hoja de

acero aparecía tinta en sangre.

Era el enano, Miklos Farkas. Lanzó un alarido de furia incontenible y se arrojó hacia Wade, enarbolando la terrorífica arma, con intención de seccionarle la garganta.

Wade disparó.

Capítulo IX

Miklos Farkas retrocedió, al penetrarle la bala en el hombro derecho. Su brazo perdió fuerza y el arma blanca huyó de sus dedos. Emitiendo un gruñido de fiera herida, saltó atrás, mirando con odio infinito a su agresor. Wade amartilló de nuevo el arma, dirigiendo una mirada angustiosa a Hazel, que se desplomaba ya en el suelo gimiendo unas pocas palabras:

—Wade… Dios sea loado…

El enano no atacó de nuevo a Hastings. En vez de eso, reculó, dando un simiesco salto acrobático con el que alcanzó el ancho alféizar de la ventana. Wade le avisó con dureza:

—¡No te muevas o disparo otra vez! ¡Entrégate, maldito asesino!

Farkas no le hizo caso. Cargó contra la ventana violentamente, como hiciera Wade contra la puerta del camerino momentos antes, y su pesada cabeza despedazó vidrios, maderas y postigo, precipitándose fuera con rapidez, mientras una segunda bala del revólver del joven le perseguía muy de cerca sin alcanzarle.

—¡Wade, muchacho! —tronó la voz de su tío, a espaldas suyas—. ¿Qué diablos ocurre? ¡No, no vayas tras él! ¡Podría matarte! ¡Es un loco asesino sin piedad!

Wade vaciló, cuando ya iniciaba la persecución del húngaro deforme. El bulto del cuerpo del enano se perdió en la oscuridad de una azotea inmediata. Oyó voces, carreras, silbatos… y varios disparos en la noche.

Olvidándose de todo eso, corrió adonde Hazel yacía inconsciente. La volvió, contemplando los profundos tajos que habían desgarrado su hombro y brazo. Por fortuna, el arma homicida no había alcanzado su torso ni su garganta, como parecía haber sido el objetivo del maligno enano. Estaba con vida, pero bastante malherida.

—Hazel, Hazel querida… —musitó, tratando de ayudarla de alguna forma—. Dios mío, esta vez llegamos a tiempo…

—Deja eso en mis manos, sobrino —le atajó vivamente el doctor Hastings. Esto es asunto mío ahora. Ve a llamar a una ambulancia, aunque creo que hay un enjambre de policías ahí fuera, persiguiendo al criminal y rodeando el teatro…

Tambaleante, Wade salió, corriendo a un teléfono. No hizo falta que llamara, porque el superintendente en persona, con varios de sus hombres, acudía ya desde el vestíbulo. Vio a Coleman Fry y a Sybil

Jordan entre los demás que formaban grupas excitados en el escenario.

—No se preocupe de más, Hastings —le avisó Howard—. Tenemos una ambulancia fuera. Había que prever cualquier cosa. Ya sé lo que pasó. ¿Cómo está la chica?

—Vive, pero sufre heridas serias, superintendente. ¿Y el agresor"?

—Tranquilo, amigo. Mis hombres le acosan por los tejados. No podrá huir, por ágil y acrobático que sea. Usted puede volver con ella, si es su deseo.

—Sí, gracias. La acompañaré al hospital, si no se opone.

—¿Oponerme? Claro que no. Gracias a usted, Hastings, este asunto se ha cerrado sin más muertes. Me han dicho que actuó con una rapidez endiablada.

Wade asintió con la cabeza, sin responder. Lentamente, regresó junto a Hazel. Su tío le miró, arrodillado en el sucio. Le sonrió, alentador.

—Esta chica te debe la vida, Wade —dijo—. Creo que ya está a salvo. Hay que evacuarla de aquí para una cura adecuada. Ayúdame, por favor.

Sacaron a la joven trapecista en una camilla. Lafarge y

Damon Hawkins se aproximaron, contemplándola, pálida e inconsciente. Miraron a Wade.

—Usted también estuvo en la muerte de Sue McCarthy — dijo inesperadamente el domador francés—. Lástima que entonces no pudiera salvarla, señor. Yo… yo amaba a Sue McCarthy, pero eso ella no podía saberlo… ¿Qué podía esperar de una mujer así, con el rostro que ahora tengo?

Y se despojó fatigadamente de su rojo antifaz de lentejuelas. Sybil lanzó un grito de terror, apartándose. Coleman Fry la tomó de un brazo, reconfortándola.

Wade se estremeció, contemplando por primera vez el auténtico rostro del domador. Había motivos sobrados para aquella máscara y aquella amargura.

Tres desgarros atroces cruzaban aquel rostro que alguna vez fue viril y terso, rompiendo nariz y labios, dejando vacío el hueco bajo un ojo, sanguinolento y saltón, mostrando la calavera bajo la carne rota, en una sonrisa eterna y macabra que dejaba al aire las encías y toda la dentadura. Le faltaba una oreja, y por nariz sólo había una masa de carne informe y aplastada. El antifaz era duro, formando un rostro armonioso, de ahí que la visión de la cara de Guy Lafarge fuese más horrible aún que todo lo imaginado.

Una voz gritó desde fuera en ese momento:

—¡Ha caído! ¡El enano asesino ha caído a la calle, herido de

muerte! Todo acabó…

* * *

Transcurrieron varios días. Hazel mejoró de sus heridas rápidamente.

El enano Miklos Farkas enterrado dos días después del fallido intento de matar a la joven trapecista, y allí se cerró el caso para Scotland Yard y para la opinión pública.

Una bala de la policía le había agujereado el cráneo, lanzando su cadáver a un callejón. Ese era el trágico epílogo de un drama sangriento.

Hazel escuchó toda esa información de labios del propio Wade. Se estremeció, muy pálida y débil aún, paseando por un palio interior de El Bart, en compañía del joven escritor. Suspiró, moviendo lentamente su dorada cabecita:

—Ha sido terrible… Todo realmente terrible. Pensar que un compañero y amigo podía ser un asesino semejante… Oh, Wade, todavía siento miedo de aquel momento en que él me atacó, hecho una furia…

—Serénale —calmó Wade—. Todo eso ha pasado ya, por fortuna para lodos. Fue una pesadilla que tocó a su fin. Ahora todo va a ser diferente.

—No sé cómo podré volver al escenario, a subir al trapecio, recordando que abajo, haciendo graciosas piruetas estaba el hombre que intentó matarme…

—No tendrás que volver al trapecio si no lo deseas — sonrió él.

—¿Qué… qué quieres decir? —ella le miró, sorprendida, sin entender.

—Hazel, soy un simple escritor de libros de viajes, pero gano lo suficiente para darte una vida mejor que la del teatro o el circo y bastante más estable. ¿Qué dices a ello?

—¿Me estás proponiendo… casarle conmigo?

—Si —asintió Wade—. Justamente eso, querida. Confío en que no te ofenda.

—¿Ofenderme? Es lo más maravilloso que he oído, Wade —asomaron lágrimas a sus ojos y le miró tiernamente—. Me enamoré de ti desde el principio, apenas te vi en la platea, creo yo. Pero te veía tan lejano, tan imposible… Tú eres un caballero y yo solamente una artista oscura de variedades.

—No digas tonterías. Eres la muchacha más maravillosa del mundo, eso es lo que realmente cuenta. Te amo y espero hacerle muy feliz, en otra forma de vida distinta a la que llevaste hasta ahora. Te

aseguro que tampoco soy un aristócrata, ni mucho menos. Mi tío es el doctor Hastings, que ha cuidado de ti todo este tiempo, eso es todo.

—Oh, qué casualidad —ella abrió enormemente sus verdes y bellos ojos—. Yo también soy hija de un médico, Wade…

—¿Tú? —se sorprendió él—. Ahora entiendo… Miklos Farkas te atacó por eso. Sabía que tu padre es médico…

—Lo *era*, Wade —rectificó ella suavemente—. Murió hace muchos años. ¿Por qué dices que Miklos quiso matarme por ser hija de un médico…?

—Era su obsesión. Debió quedarle al nacer deforme por causa de un médico negligente. Todas las víctimas suyas estaban relacionadas con algún médico. Era su forma de venganza, ¿comprendes?

—Cielos, es horrible pensarlo. Tenía que estar loco…

—Lo estaba. Solamente un enfermo mental puede planear algo así por semejantes motivos, Hazel. Ahora, ya todo está claro incluso en tu caso. Era algo que me tenía intrigado. Llegué a pensar que te atacó por celos, no por el mismo motivo que a las otras víctimas…

Siguieron su charla por el patio, pascando lentamente los dos. Todavía permaneció unos días Hazel en el hospital. Lafarge y Hawkins, entre otros, fueron a visitarla. También Coleman Fry, Sybil Jordan y, por supuesto, como profesional y amigo, su tío Nathaniel Hastings.

A la semana siguiente fue dada de alta y, con el brazo izquierdo aún en cabestrillo, se trasladó a un hotel de Mayfair, cerca de la vivienda de los Hastings que Wade había dispuesto para ella, hasta el día de hacerla su esposa.

—Te felicito, Wade —le dijo Sybil al enterarse de la noticia, lanzando un suspiro de melancolía—. Es hermoso hallar el amor. Me gustaría que Fry y yo pudiéramos hacer lo mismo cuando termine la carrera, pero… me temo que somos incompatibles los dos. El sueña con el teatro, con sus negocios. Y yo con mi Medicina. Dudo que alguna vez seamos realmente una pareja feliz. Bien, vuelvo a mis clases en El Bart. Suerte en tu matrimonio, Wade.

—Gracias, Sybil —sonrió el joven—. A pesar de tus temores, espero que tú también la tengas cuando seas la señora Fry.

La joven expresó sus dudas, alejándose. Wade partió del *Bart's*, llevando a Hazel en un carruaje. Lafarge y Hawkins les acompañaron en el viaje hasta Mayfair. Hazel, algo cansada por ser el primer día fuera del recinto hospitalario, se quedó en cania, y Wade bajó a la calle a despedir al domador francés y al empresario del «Old Circus».

—Creo que pronto cerrarán el teatro —dijo este último con tristeza —. Van a derribarlo pronto. De todos modos, ya no sería lo mismo sin Hazel. Esa chica trajo un aire nuevo al espectáculo, cuando dejó de

trabajar en su especialidad anterior para convertirse en estrella del trapecio. La voy a echar mucho de menos, Hastings. Usted ha tenido suerte al quedarse con ella, muchacho.

Damon Hawkins también hizo mutis. Wade y Lafarge se miraron. La bufanda y el cuello subido del gabán, mas su encasquetado sombrero, ocultaban a pleno día la fealdad terrible del infortunado domador.

—Hágala muy feliz —rogó el domador—. Esa pobre chica se merece todo en este mundo. Y ha sido bastante desgraciada en su vida anterior, Hastings.

—Sé muy poco de su vida anterior, Lafarge —sonrió Wade—. Sólo que era una gran figura del teatro…

—Fue buena incluso desde niña. La mejor acróbata y contorsionista de Inglaterra. Pero fue muy desgraciada al morir su madre por culpa del vicio de su padre.

—Temo no entenderle, Lafarge… ¿No era médico su padre?

—Oh, sí. Un buen cirujano, Thorold Wilson. Pero un borracho también. Estando ebrio, intervino quirúrgicamente a la madre de Hazel de un vulgar ataque de apendicitis. Ella murió en el quirófano por culpa de él. Eso destrozó la vida de todos ellos. Su padre abandonó la profesión y arrastró su embriaguez y su desesperación durante unos años, hasta que le mató un carruaje. La chica ha sido muy desgraciada. En el teatro y en el circo encontró algo de felicidad, no mucha. Ahora parece realmente enamorada de alguien, por primera vez. Cuide de ella, Hastings. Lo necesita. Siempre ha sido débil, enfermiza… Recuerdo que, siendo una niña, sufría frecuentes y fuertes dolores de cabeza. Un médico dijo que esos dolores podían ser indicio de alguna dolencia seria, pero ella no ha creído demasiado en los médicos desde entonces.

—Sí, entiendo —afirmó lentamente Wade—. No tema. Lafarge. La cuidaré.

—Sé que lo hará —el domador le tendió la mano—. Adiós, amigo.

—Adiós. Y gracias por todo.

El domador se alejó. Wade suspiró, regresando lentamente a la habitación que ocupaba Hazel en el hotel. Permaneció con ella durante todo el día. Al oscurecer, la visitó el doctor Hastings y recomendó que debía permanecer sola hasta el otro día, e intentar reposar. Le puso unas gotas de sedante en un vaso con agua, y salió de allí con Wade. Ella le despidió con una sonrisa triste y afectuosa.

—Hasta mañana, Wade querido —musitó.

—Hasta mañana —sonrió él—. Estaré aquí a primera hora.

Abandonó el hotel con su tío, de regreso a casa. Tío Nathaniel parecía menos preocupado que antes, quizás porque ahora ya no temía

que a su sobrino le sucediera nada.

—Al final sucedió —dijo a Wade, mientras caminaban a pie hacia casa, por entre la neblina del atardecer—. Mi alumna Sybil y ese joven empresario, Fry, han roto su compromiso. Era algo que tenía que suceder.

—Sí, ella me dijo algo al respecto antes de marcharse —recordó Wade—. Al parecer no congeniaban demasiado.

—Sabía que ocurriría. Conozco a mis alumnos. Esa chica sólo tiene dos amores en su vida. Y uno le ha fallado.

—No te entiendo, lío… Creí que sólo le fascinaba su carrera.

—Y así es. Pero ése es sólo uno de sus amores. El otro… eras *tú*.

—¡Yo! —Wade pegó un respingo—. Pero si apenas nos conocemos del *Bart's*, si nunca me ha dado a entender que…

—Las mujeres no tienen que dar a entender nada, mi querido sobrino —bostezó el médico—. Basta estudiarlas un poco. Yo lo hice. En el teatro no te perdía de vista un momento. En el *Bart's* la he visto a veces hablar contigo. Lo hace de un modo diferente a cuando habla con los demás. Son cosas que notamos los demás. La propia Hazel que, ante todo, es mujer, lo ha notado. A las mujeres, y sobre todo si están enamoradas de alguien, difícilmente les escapa si otra ama al mismo hombre.

—¿Crees que Hazel lo ha notado? se inquietó Wade.

—Por supuesto —rió su tío jovialmente—. Pero sabe que te tiene seguro, no temas. No creo que eso le quite el sueño, Wade querido.

—De todos modos, la llamaré por si aún no se ha dormido con el sedante, en cuanto lleguemos a casa —dijo el joven—. Lafarge me contó su triste pasado. Esa chica no merece sufrir más en el presente, tío Nathaniel.

—Como quieras —el médico miró su reloj con indiferencia—. Tomará su sedante dentro de diez minutos, de modo que date prisa.

Wade tomó el teléfono al llegar a casa. Pidió a la centralilla comunicación con el hotel cercano, y solicitó de la camarera que acudiese a la habitación de Hazel para que ella saliera al teléfono del corredor a hablar con él.

Tras unos instantes de espera, la camarera respondió:

—Lo siento, señor. La señorita Wilson no está en su habitación.

—¡Pero no es posible! —protestó Wade—. Tiene que estar allí…

—Pues no está. Espere que trate de indagar si la han visto salir…

Impaciente, Wade taconeó mientras esperaba. Su tío le miró, perplejo, desde la butaca de la biblioteca. Al final, una voz masculina informó al joven:

—Lo lamento mucho, señor Hastings, pero un «botones» asegura haber visto salir del hotel a la señorita Wilson, tomando un carruaje.

Trató de ayudarla, pero ella ni le vio. Dice que iba como en trance, y dio una dirección al cochero:

Hospital de San Bartolomé. El «botones» pensó que estaría enferma, pero no dijo nada hasta que le preguntamos por casualidad…

Wade dio las gracias. Colgó, todavía estupefacto. Paseó por la biblioteca.

—No tiene sentido, tío —dijo—. Ha abandonado el hotel. Y ha tomado un carruaje, dirigiéndose al *Bart's*.

—¿A estas horas? —arrugó el ceño el doctor—. Esa chica es una imprudente. En su estado, en plena noche… No tiene sentido, es cierto. En San Bartolomé no pueden hacer nada por ella. Si se encontraba mal, pudo haber pedido al médico del hotel…

—Hazel no confía demasiado en los médicos, tío —cortó Wade, sin dejar de pasear—. No haría algo así por nada del mundo. Su padre era un cirujano ebrio que mató a su madre en una intervención quirúrgica… Eso es algo como para odiar a todos los médicos que… *¡Tío Nathaniel!*

Su brusco grito hizo dar un respingo violento al doctor Hastings, que le miró atónito.

—Pero sobrino, ¿Qué te sucede?

—Tío… El odio a los médicos… Lafarge lo mencionó. Y dijo… dijo también que antes de ser acróbata, Hazel era *contorsionista*… Ella es menuda, frágil, y si se contorsiona hábilmente… puede caber en cualquier sitio…

—Wade, ¿adónde vas a parar ahora? El asesino del Soho ya quedó atrás…

—¿Y si no fuera así? Recuerda, tío… Miklos Farkas estaba enamorado de Hazel. Sus celos le hicieron atacar a Hazel, no un morbo homicida. Luego huyó, asustado, herido… y la policía le cazó. Nunca confesó que fuese el culpable que buscábamos…

—Wade, ¿estás en tu sano juicio? Estás insinuando algo terrible contra tu propia prometida… —se alarmó el doctor Hastings, muy pálido.

—Sí. Y tú mismo te estás dando cuenta de que tengo razón… —jadeó Wade, lívido—. No era por sí mismo por quien el asesino deseaba vengarse de los médicos, sino por su madre, muerta en un quirófano, a manos de un esposo borracho y torpe… Ya no podía vengarse en su padre muerto. Y sus dolores de cabeza, su escasa salud física… y *mental*.

Tío Nathaniel, ¿Hay clases nocturnas hoy en San Bartolomé?

—Por supuesto. Sybil iba a una de ellas precisamente cuando me contó lo de…

—¡Sybil! —gritó Wade, aterrado—. ¿Te das cuenta? Hazel *sabe* que

Sybil siente algo por mí… Y se ha enamorado realmente de mí, hasta el punto de poner fin a su criminal carrera. Pero no sin antes acabar con su única rival, con la mujer que también siente algo por mí… y que va a ser médico en un próximo futuro… ¡Tío, tenemos que ir inmediatamente al hospital… o será demasiado tarde!

Corrió a por su revólver, y se precipitó escaleras abajo, a la calle. Su tío le siguió, no sin antes telefonear a Scotland Yard…

EPILOGO

—Hazel… ¿Usted aquí?

La sorpresa de Sybil Jordan era evidente. Acababa de salir de la última clase con sus libros bajo el brazo. Los demás estudiantes se perdían ya en los corredores y escaleras del vetusto edificio del *Bart's*. El largo pasillo de alta bóveda parecía más vacío que nunca, ahora que ambas mujeres se miraban, solas en el mismo.

Hazel llevaba su capa negra, de terciopelo, flotando en torno a su frágil figura. El rostro, hermoso y marmóreo, mostraba la palidez de su convalecencia. Los verdes ojos fulguraban, tan bellos como inquietantes, fijos en la joven estudiante de Medicina.

—Vine a buscarte, Sybil Jordan —dijo lentamente.

Sybil no parecía entender muy bien. Estudió a su interlocutora con extrañeza. Creó advertir algo anormal en ella, pero finalmente hizo un gesto ambiguo.

—Está bien. Ya me ha encontrado. ¿Desea hablar acaso conmigo?

—Sí, por favor.

—Entremos en el aula —invitó la muchacha, mostrando la puerta por la que poco antes saliera, mezclada con los demás estudiantes—. Es un poco tarde ya, pero si se trata de algo lo bastante importante como para hacerla venir hasta aquí estando enferma…

—Sí, es importante —afirmó Hazel, como en trance.

Sybil, dominando su sorpresa, abrió la puerta del aula y elevó la llama del mechero de gas mural. Una claridad rosada se extendió por la sala repleta de pupitres, en cuyo estrado colgaba un esqueleto que la luz de gas hizo bailotear extrañamente en las sombras del muro. Al pasar junio a él las dos mujeres, la capa de Hazel agitó la forma huesuda. Un reflejo mortecino fingió una mirada maligna en las vacías cuencas negras de la calavera.

—Bien —Sybil se detuvo junto a un pupitre, dejando allí los libros —. Usted dirá, señorita Wilson. ¿Sabe Wade que está aquí ahora?

—No, no lo sabe. Tenía que verte en secreto, Sybil. Wade es el motivo, sin embargo, de esta visita mía.

—¿Wade? No entiendo… —pero la voz de Sybil tuvo una leve vacilación.

—No finjas conmigo. Sé que amas a Wade. Aunque vayas a casarte con ese hombre al que no quieres.

—¿Fry? No, ya no me caso con él. Rompimos hoy. Pero eso que

dice de Wade…

—Es cierto, lo sabes —los ojos de Hazel eran dos heladas esmeraldas que el gas hacía brillar duramente—. A una mujer no se le escapan esas cosas.

—¿Y qué? —replicó Sybil, repentinamente envalentonada—. Bastante desgracia es para mí ver cómo Wade Hastings se casa con otra mujer. ¿Por qué no me deja en paz? Esta charla es ridícula…

—No vine solamente a charlar, Sybil. No permitiré que le interpongas entre nosotros. Amo demasiado a ese hombre. No toleraré que una sucia estudiante de medicina que algún día se dedicará a matar a sus enfermos con toda impunidad, haga sombra a mí felicidad.

—¿Se ha vuelto loca, Hazel? —se irritó Sybil—. No tolero esos insultos. Habla usted como si no estuviera sana de juicio…

—Oh, sí. Cuando a los demás no les convienen las verdades, siempre dicen lo mismo: una está loca… ¡Loca! —sus verdes pupilas se dilataron, vidriosas—. No, no estoy loca.

Pero voy a terminar contigo… como terminé con las otras, mujeres.

—¿Qué… qué dice? —jadeó la joven estudiante, retrocediendo aterrada.

—Sí, querida. Yo maté a la modistilla, a la ramera, a la actriz, a la gran dama de Harley Street… ¡A todas! —su rostro ya no era candoroso ni dulce, sino una pálida máscara, de odio y crueldad. Agitó su capa negra, y apareció su mano enguantada, esgrimiendo un objeto bien conocido por Sybil: un bisturí centelleante, el instrumento de un médico ciruja no—. Mira esto, preciosa… Se lo quité al doctor Hastings del maletín sin que él lo notara… Lo guardaba para ti… ¡Para ti, Sybil Jordan! Te mataré… te mataré para que no me arrebates al único ser que me ama y que yo he amado…

—¡Nooo! —los cabellos se erizaban en la nuca de la muchacha—. No, eso no… Usted está loca… Totalmente loca. Hazel… ¡Es una asesina demente, una enferma mental!…

Hazel se limitó a reír sardónicamente. Sybil intentó escapar. No pudo. Ella saltó sobre su asustada antagonista. Las fuerzas titánicas de una demente auténtica, obligaron a Sybil a caer de rodillas a pies de su agresora: Chilló roncamente, cuando el bisturí se alzó sobre ella, en la mano zurda de la mujer convaleciente, mientras su férrea diestra se bastaba para sujetar y dominar a la muchacha angustiada, llena de horror.

* * *

El disparo de revólver quebró el bisturí, que escapó de los dedos de Hazel Wilson, mientras tronaba el arma. Se volvió la agresora hacia la puerta, con expresión de infinita rabia.

—¡Wade! —chilló, al ver a su prometido, revólver en mano, mirándola con fría compasión y dolor—. ¡Oh, no, Wade, esto no!…

—Hazel, serénate… —pidió Wade, dominando su propia angustia, avanzando paso a paso—. Hazel, estás enferma. Necesitas ayuda… No va a hacerte nadie daño…

—Wade, tú me has visto ahora… Tú lo sabes… —sollozó Hazel, mientras Sybil se apartaba, lentamente, ya libre, con gesto de infinito terror—. Tú sabes que yo…

—Lo sabía antes de verte, Hazel —afirmó Wade dolorosamente—. Lo supe subconscientemente en cuanto supe lo de tu madre… Luego, todo encajó. Es terrible Pero no debes hacer nada. Yo te ayudaré…

—¡Noooooo! —su alarido rasgó el silencio de las bóvedas, retumbando en ellas—. ¡No, Wade, ya jamás serás mío! ¡Te he perdido para siempre, te he perdido!…

Corrió hacia el ventanal. Wade también, intentando evitar lo peor. No pudo hacerlo. Ella fue más rápida. Le guiaba su propia locura.

Atravesó la vidriera violentamente, proyectándole al exterior. Su cuerpo frágil se perdió en la oscuridad del patio…

Abajo, un impacto sordo, escalofriante, retumbó en las baldosas del patio. Luego, un silencio terrible… Finalmente, silbatos de policía en los accesos al hospital…

Sybil rompió en sollozos. Corrió hacia Wade, se abrazó a él. El joven la acogió, conmovido. Sus ojos contemplaban con hipnótica fijeza los vidrios desgajados, el hueco negro y atroz en la noche, por donde Hazel se había ido para siempre en su última pirueta circense.

—Adiós, Hazel. Ha sido tu último mutis… —susurró—. Te he perdido yo también…

Cuando el superintendente Howard, su tío Nathaniel y los policías, médicos e internos del hospital se arremolinaban en torno suyo, dos lágrimas rodaban de los ojos de Wade, y Sybil, rota en llanto, se abrazaba a él.

Salieron juntos del aula. Howard los miró en respetuoso silencio. Luego, cambió una mirada con el doctor Hastings. Unos módicos volvían del patio.

—Murió en el acto —dijo uno.

—No sufrió realmente nada —apoyó otro.

El doctor Hastings se encogió de hombros amargamente.

—Pobre muchacha enferma de la mente… —musitó—. Y pobre Wade…

—No, no compadezca a su sobrino —dijo el policía—. Él se libró a

tiempo de una unión nefasta y más dolorosa que todo esto. Es joven. Con el tiempo, irá olvidando. Y está esa chica. Sybil, que también es joven y bonita… Si, doctor Hastings. La gente joven siempre tiene una segunda oportunidad. Estoy seguro de que los dos sabrán aprovecharla en su momento, cuando esto sea solamente un penoso recuerdo…

FIN

NOTAS

[1] «El Bart» o «Bart's». Es el nombre familiar con que se conoce de siempre el Hospital de San Bartolomé en Londres, cercano al mercado y mataderos de Spitalfields. Construido en tiempos de Enrique 1 como iglesia, fue luego convertido en hospital por Enrique VIII. Este hospital se cita numerosas veces en las obras de Arthur Conan Doyle con Sherlock Holmes como protagonista, en relación con el narrador e inseparable amigo del «rey de los detectives», doctor Watson, que habla de médicos en periodo de prácticas trabajando a sus órdenes en ese centro médico, especializado en practicantes recién graduados. (N del A.).

[2] *Borderers*: escoceses habitantes de la frontera con Inglaterra, cuya lucha contra los ingleses, por la independencia de Escocia, fue notoria desde lejanos tiempos. (N del A.)

[3] *Cockney*. expresión que define a cierto lenguaje de *argot*, propio de los suburbios y bajos fondos ingleses y, por extensión, se denominan así quienes lo utilizan en su forma de expresión habitual. (N del A.)

[4] En Londres, especialmente en los barrios bajos como Soho, Whitechapel o Spitalfield, abundan los angostos, tétricos, pasajes que dan a patios de vecindad amplios y nada salubres, que en la época, con la niebla, la escasa luz gas y el poco interés de la gente en mezclarse en asuntos ajenos, eran escondrijos de inapreciables valor para cualquier delincuente. Hoy en día, se conservan todos ellos intactos. (N del A.)